



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

4

SHILICOLOGIA: HISTORIAS DE INFANCIA Por Moisés Chávez





PROLOGO

Shilicología 4: Historias de infancia es el cuarto volumen de la Serie SHILICOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie SHILICOLOGIA consta de 15 volúmenes. Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

SHILICOLOGIA 1	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 2	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 3	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 4	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 5	Historias de infancia
SHILICOLOGIA 6	El Diario del Capitán
SHILICOLOGIA 7	Mitología de Celendín
SHILICOLOGIA 8	Aventuras mitológicas
SHILICOLOGIA 9	Genio y figura
SHILICOLOGIA 10	El Señor Mackay
SHILICOLOGIA 11	El Fuscán
SHILICOLOGIA 12	Los Portugueses del Perú
SHILICOLOGIA 13	Arqueología de Celendín
SHILICOLOGIA 14	Lexicografía de Celendín
SHILICOLOGIA 15	Introducción a la Shilicología

* * *

La Serie SHILICOLOGIA intenta rescatar con enfoque antropológico algunas tradiciones de los celendinos —o shilicos— y representa un eslabón más en la producción literaria de nuestra tierra por medio de sus hijos que la añoran. Y si quieres fotos, todos los shilicos siprallas, las encontrarás en el enlace BIBLIOTECA INTELIGENTE en la barra de enlaces de nuestra página web.

La secuencia de los volúmenes de esta Serie va desde sencillas historias infantiles hasta su tratamiento sistemático y su análisis antropológico. Para coronar esta secuencia el lector debe dar un salto al último volumen de la Serie, que es propiamente una *Introducción a la Shilicología* que si va al final es porque requiere de los fundamentos puestos en los volúmenes que le anteceden.

* * *

La Serie SHILICOLOGIA tiene tres partes bien demarcadas:

1. La primera parte abarca los volúmenes 1-5 que forman una mini serie de historias de infancia, sobre todo de la infancia del autor en Celendín, su ciudad natal. Estos cinco volúmenes eran originalmente una serie aparte que hemos visto adecuado incluirla en la Serie SHILICOLOGIA porque la mayor parte de sus historias tienen como escenario la ciudad de Celendín.

2. La segunda parte abarca los volúmenes 6-11 e incluye historias de personajes que resaltan en la historia de Celendín:

El Diario del Capitán contiene historias que con el tiempo se han ido entretejiendo alrededor de la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturmino Chávez Baella, héroe de las campañas de San Juan y Miraflores para la defensa de Lima, la Capital, en la Guerra del Pacífico.

Mitología de Celendín debe su título, no tanto a la antropología cultural, sino a sus historias infantiles relacionadas con el mito o arcilla con que los niños pequeños jugamos a ser Miguel Angel. La historia intitulada “La dimensión del mito” parodia el poema del poeta celendino, Julio Garrido Malaver, “La dimensión de la piedra”, con que ganara los Juegos Florales en Trujillo.

Aventuras mitológicas, como el volumen anterior, presenta fantasías del tipo de Los Rougrats, de chicos en la edad de jugar con mito.

Genio y figura, presenta con nombres, apellidos y apodos a personajes típicos de la vida de nuestro pueblo.

El Señor Mackay soy yo mismo en los días de mi infancia y en toda la vida. Esta obra está estrechamente relacionada con mi obra poética, *Filosofía de la vida*, el Volumen 2 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

El Fuscán, “El Buscador de Oro”, epíteto del Amauta Alfredo Rocha Segarra, es también el título de mi obra que intenta pintar con acuarelas su polifacético perfil humano.

3. La tercera parte está formada por los volúmenes 12-15 que definen y sistematizan conceptos relacionados con lo que hemos venido a llamar, “Shilicología”:

Los Portugueses del Perú es una antología de historias cortas o “tradiciones” relacionadas con la Shilicología, porque la tradición oral en Celendín dice que sus primeros habitantes eran “portugueses” que vinieron del Brasil por las rutas no rutas de la Amazonía. Este volumen incluye algunas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma.

Arqueología de Celendín trata de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín y a las ruinas de La Chocta en Oxamarca, que tuvo lugar en 1973 bajo la dirección de este servidor con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). La Primera Expedición tuvo lugar en 1937, bajo la dirección del Dr. Julio C. Tello.

Lexicografía de Celendín sale al encuentro de nuestros lectores que no están acostumbrados al habla de nuestro pueblo. Es una guía sobre vocablos del español antiguo o del portugués, así como del quechua regional de los Choctamallques que se basa en los apuntes de mi padre, Don Juan Chávez Sánchez, y de mi sobrino predilecto, el Sabio Arquímedes (El Quime). Cuando no entienda algunas de nuestras expresiones recurra a esta obra o a las notas de nuestra obra, *El Diario del Capitán*, indicadas en su texto mediante números exponenciales.

Introducción a la Shilicología aglutina y analiza la información de los volúmenes precedentes. En realidad somos los primeros en acceder al concepto de “Shilicología”, si bien ya se ha difundido en otros países, sobre todo en Francia.

* * *

Si la lectura de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA te abre el apetito de par en par, te diré que historias relacionadas con Celendín están regadas a lo largo y a lo ancho de la página web Biblioteca Inteligente en la Serie DIALOGO VITAL y el Volumen 15, *Historias de Halloween*, de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS. Pero este volumen te aconsejo NO LEER.

Para profundizar lo que respecta a las historias cortas de la Serie SHILICOLOGIA visita nuestra casa en internet:

www.bibliotecainteligente.com

Aquí tienes la llave para abrir, y cuando sales, cierras y dejas la llave sobre el batán, pero bien escondida debajo del chungo, para que nadie la encuentre:



En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que continuamente publica temas relacionados con la Shilicología en su Sección “Antologías de Historias Cortas”, para recibirlo en tu email escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Shilicología!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO

PROLOGO

ANTOLOGIA DE HISTORIAS CORTAS

1

AVENTURAS MITOLOGICAS

2

PIQUI CHAQUI

3

UN RITUAL DE BRUJERIA

4

EL VUELO DE LA CHINA LINDA

7

5

EL TRIO DINAMICO

6

APRETANDO LA CARRERA

7

EL PICO DEL PAJARO DIOSTIDÉ

8

UN TRIUNFO DEPORTIVO

9

SUEÑO Y REALIDAD

10

LA ENCUESTA DEL SIGLO

11

LA DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

12

¡VIVA MI PATRIA BOLIVIA!

1 AVENTURAS MITOLOGICAS

En esa pequeña ciudad engastada como piedra preciosa en medio de las macizas cadenas de montañas de los Andes del norte del Perú, se le llama “mito” a la arcilla con que juegan y se divierten los pequeños. Es una palabra quechua de las pocas que han quedado impregnadas en la vida de nuestro pueblo. El material es abundante y su plasticidad nos deleita y nos da satisfacción a chicos y a grandes porque es la materia prima de nuestros sueños.

El mito está ligado a los juguetes más anhelados y amados de nuestra alma infantil, porque son juguetes que derivan de nuestro propio *fiat* creador. En grandes cantidades, el mito más refinado es llevado a los jardines de la infancia para que los niños plasmen con sus deditos la realidad de su mundo infantil. Y en las escuelas los mismos niños se proveen de este material, ya sea en inolvidables paseos escolares o por sus propios medios.

* * *

Si alguna vez te mezclas con los niños shilicos y escuchas su conversación, verás que todos ellos se ufanan de conocer “minas” secretas de mito y de tener acceso exclusivo a ellas; unas con mito de un color; o de otro color, o de otro olor.

Yo guardo dorados recuerdos de una mina de mito color anaranjado que había en el extremo sur de la Plaza Cortegana, a pocos pasos de su puerta del Napliche.

En Guañambra hay mito de color negro, especial para hacer réplicas de los huacos de la cultura Chimú.

En el lecho del Río Chico había mito de color caca.

Pero las mejores minas se encontraban en las faldas del cerro San Isidro. Las había de todas las variedades, en especial el mito blanco, el máspreciado.

A esas minas siempre soñé con ampararlas y hacerlas mi exclusiva propiedad.

* * *

Para los niños pequeños, que elevábamos el mito a la categoría de “mitología”, éramos relativamente pocos. El resto, de regreso de la mina, desperdiciaban todo su patrimonio mitológico haciendo bolitas pequeñas para arrojárselas a las niñas, las cuales, de vez en cuando iban a dar contra el sopino del profesor o contra las paredes del aula o contra el pizarrón, quedando a veces adheridos. Casi siempre, un paseo mitológico terminaba con ruidosas carcajadas mezcladas con estrepitosos garnidos.

Pero en lo que a mí respecta, dar con una mina y sacar una buena bola de mito era tan delicioso como atesorar un pudín de pan o un queso mantecoso. ¡De sólo acordarme de mi bola me mizquicho!

Con el mito yo hacía muñecos, huacos, ollitas, cantaritos, animalitos, y por mucho tiempo abrigué el anhelo de llegar a ser escultor.

* * *

Yo andaba obsesionado con el mito. A cada instante observaba las cabezas que mi padre había hecho del Libertador Don José de San Martín, de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre, los héroes de nuestra independencia nacional. Se trataba de modelos de escultura en mito para la enseñanza de las artes manuales en la escuela, donde él era profesor.

Para que se secaran esas cabezas de tamaño natural mi padre las colocó en alto, lejos del alcance de mis manos. Cuando los rayos de luz solar cubrían de gloria esas cabezas, yo admiraba el detalle: Sus pupilas, los lóbulos de su nariz, las cejas y las patillas pobladas, me producían admiración.

Pero al atardecer, cuando se acercaba la noche parecía que las cabezas cobraban vida y como ménsulas saltaban de sus cornisas y volaban hacia mí. De este modo se fueron convirtiendo gradualmente en la causa de mis pesadillas.

Cuando crecí, les perdí el miedo a esas cabezas, y llegué a ver en ellas mi materia prima. Sólo se reducía a tumbar una de ellas con un palo, y humedecer su material en una vasija de agua. De eso modo, no tenía que aventurarme en los alrededores en busca del precio material.

* * *

Por esos tiempos llegó a Celendín un ventrílocuo.

Era la primera vez en mi vida que yo veía tal cosa, y la gente decía que se llama ventrílocuo porque habla con su vientre, no con su boca. Yo no me podía explicar cómo podría él hablar por su munsho, por su ombligo, salvo que tuviese allí tuviese un hueco con labios.

Mi papá encontró casi imposible explicarme que un ventrílocuo era un hombre que hablaba por su boca y no por su vientre, como indica su nombre con que se lo llama: Ventrílocuo. Lo que pasa es que puede hablar sin abrir la boca ni mover sus labios, e incluso puede imitar diversas voces, sobre todo voces chistosas, diferentes a la suya propia. En realidad la palabra “ventrílocuo” es mal usada, porque se trata nada más de un artista que tiene el don de hablar sin mover sus labios. A algunos les es fácil, pero otros lo han logrado después de mucha práctica. Y en cuanto a mí respecta, acto seguido empecé a practicar, sin nunca lograrlo.

* * *

Ese ventrílocuo que llegó a Celendín era un charlatán que haciendo que hablara su muñeco al mover de alguna manera su quijada y abriendo su boca bien grandazo, lograba arrancar de los bolsillos del público que lo rodeaba algunos pocos reales, vendiéndoles sebo de culebra y pócimas para envalentonarse en la cama con una mujer. “Afrodisíacos” se llaman.

De buena gana le escuchaban los estancieros y sus mujeres, sobre todo siendo gratis y divertido el show en la Plaza de Armas, frente a la entrada principal de la Municipalidad. Pero de modo especial su público estaba formado por una tanda de chiquillos callejeros que

le seguían como moscas y se deleitaban imitando las atrevidas expresiones que hacía que hablara su muñeco, el cual cobraba vida cada vez que lo recogía del suelo de entre sus fajos de supercherías.

* * *

Aquel muñeco atrevido se llamaba “Roque” y se apellidaba “Peloduro”, Roque Peloduro.

Yo me embelesaba estudiando cada detalle de su manufactura, uno de ellos, un elástico que observé en la parte de sus amígdalas y que hacía que su mandíbula inferior se mantuviese pegada al resto de la cabeza, pero que se moviese, incluso desproporcionadamente, cuando el Roque actuaba magistralmente como “abreboca”.

No pasaría mucho tiempo, y la cabeza de Don Simón Bolívar que estaba haciendo con mito se convirtió en la cabeza del “Roque Peloduro”, y en lugar del elástico, utilicé un pedazo de tirajebe sostenido por clavos transversales en la nuca y debajo del mentón del muñeco.

En cuanto a los diálogos, los chistes, las lisuras las repetiría de los labios del aquel muñeco descarau, yo no podía crear tales cosas; sólo las podría imitar. Incluso mi muñeco tuvo que llamarse “Roque Peloduro” o simplemente, “Roque”.

* * *

El Roque Peloduro original fue el que contó la historia de aquel viejito que se fue a consultar a una bruja para recobrar su añorado vigor. En aquellos tiempos, cuando no existía el Viagra, la única solución era la brujería.

La bruja le dio tres píldoras de su propia farmacia, para tres aventuras de amor. Al tomar una píldora, ¡por obra y gracia de la brujería el pishgo maldiciáu se cuadraba ipso facto! Y había que silbar ¡jujuuuuu! para que el susodicho volviese a reposar.

A insistencia del viejito, se probó con la primera píldora, y el resultado era evidente. Le quedaban dos píldoras, y como estas cosas cuestan caro no había que despilfarrar. Con todo, el viejito resabido se había convencido a medias. Pensó que una cosa sería dentro de su consultorio de la bruja, y otra cosa sería lejos de allí, en su casa y en su cuarto. Probó pues con la segunda y. . . ¡suácate, resultó! La bruja tenía razón.

Le quedaba nada más que una píldora. El viejito corrió a su casa, y se tomó la tercera píldora delante de su mujer. Y la mujer, maravillada, silbó ¡jujuuuuu! ¡Y suácate, resultó!

* * *

El siguiente diálogo del ventrílocuo con el Roque Peloduro, es por demás aleccionador, teológicamente hablando:

Le dice el ventrílocuo:

—Diga usted, Don Roque Peloduro, ¿sabe usted algo de Historia Sagrada?

Responde el Roque:

—¡Claro que sé!

- A ver, dígame, ¿quiénes fueron nuestros primeros padres?
 —¿Nuestros primeros padres?
 —Así es: Nuestros primeros padres.
 —¡Nuestros primeros padres fueron Adam y Eva!
 —¿Y sabe usted qué cosa les ocurrió a Adam y Eva?
 —¡Claro que sé!
 —A ver, dígame, ¿qué les ocurrió a nuestros primeros padres?
 —¿Qué les ocurrió a Adam y Eva?
 —Así es: ¿Qué les ocurrió a Adam y Eva?
 —¡A Adam y Eva Dios los güicapeó fuera del paraíso!
 —¿Y sabe usted por qué los botó Dios del paraíso?
 —¡Claro que sé!
 —A ver, dígame, Don Roque, ¿por qué los botó Dios del paraíso?
 —¿Por qué los botó Dios del paraíso?
 —Así es. ¿Por qué los botó?
 —¡Por conchudos!

Yo me aprendí de memoria este diálogo teológico y lo repetía con mi muñeco Roque Peloduro en las plazas de Celendín, rodeado de multitud de chiquillos que me miraban asombrados, entre ellos, el Wili, su hijo de mi prima Benja.

* * *

Con el paso de los años me he puesto a reflexionar por qué fueron arrojados realmente nuestros primeros padres del paraíso. Y analizando todas las posibilidades puestas sobre la mesa he llegado a pensar que el Roque Peloduro tenía toditita la razón: Fue nada más ni nada menos que por conchudos que nuestros primeros padres fueron arrojados de la vida. Y se me hace que a todos los conchudos habidos y por haber les aguarda el mismo trágico final.

Y por conchudo, al Roque Peloduro lo envolvieron un día con una franela colorada, lo metieron en una trajinada maleta de suela y se lo llevaron lejos del paraíso. Pero su alma se quedó en Celendín atrapada en un muñeco zarco de mito que yo mismo me encargué de plasmar con mis tiernas manitas. Su parecido con mi cuñado Orestes Tavera era notorio.

Pero como todo tiene su precio en Celendín, de por vida mi nombre llegó a ser “el Roque Peloduro”. Y que me llamaran así hacía que me hirviese la sangre.

Nadie recuerda cómo me llamo, y hasta mi vejez en Celendín yo soy “Don Roque Peloduro”.

* * *

Cierto día me propuse plasmar en mito a la Camucha, es decir, a la Virgen de la Candelaria. Es necesario que me refiera a este episodio que las malas lenguas se han encargado de desvirtuar.

Las cosas ocurrieron así: Cuando la Camucha pasó por la puerta de mi casa, en la calle José Gálvez, yo la seguí hasta que introdujeron sus andas en la Iglesia Matriz, y las colocaron sobre una mesa alta en el recodo de la nave derecha del templo.

Yo me escondí cerca y me acerqué a la imagen para ver los detalles de su carita, de sus ojos, de su pelo, antes que cerraran las puertas de la iglesia.

No es verdad lo que dicen, que yo me enamoré de ella. Tampoco es verdad que despechado, decía: “¡Ya no me caso con ella, porque sus piernas son de palo, y su pelo de rubio de choclo!”

Su entrada a Celendín en febrero tras su festiva travesía desde su morada en Poyunte, era un jolgorio para los chicos de mi edad. Ella traía consigo el ambiente del Carnaval, con su Chilalo, su ishanga, sus disfraces, sus globos, sus chisquetos, sus jeringas de agua, sus serpentinas, sus perfumes, sus unshas y sus cuadrillas.

* * *

Para estudiar la secundaria tuve que dejar Celendín y viajar a Lima, para vivir en la casa de mi tía, la Mamita Empera. Las vacaciones de fin de año las pasaba en Celendín, y una vez volví a Lima portando en mis manos una enorme bola de mito del tamaño de su cabeza de Don Roque Peloduro. Entonces, la Mamita Empera me miró por encima de sus gafas desvencijadas, y en lugar de darme la bienvenida exclamó:

*¡Ay Amito!
¡Ahora si que por fin
van a crecer los pastos
en las calles de Celendín!*

*¿Y esa bola de mito?
Me luaces desaparecer.
O tú o tu mito,
Porque a los dos no admito.*

*Nuavía más que esperar
las vacaciones
para dejar de escuchar
el estribillo maldito:*

*“O tú o tu mito,
¡Porque a los dos
yo no admito!”*

2
EL PIQUI CHAQUI



Ollanta es el de bigote
Cusy Coyllur está sentada y su mano en su rodilla
Toya está a la derecha de las cuatro vírgenes del Sol
Y Piqui Chaqui es el payaso que te apunta con su flecha

Aquella vez que visité Lima nos pusimos a conversar en nuestro círculo de amigos y familiares reunidos para festejar nuestro dichoso reencuentro con café y juanes shilicos.

Como siempre, aquellas experiencias del pasado, algunas tan celebradas que se resisten a caer en el olvido, nos hacían hablar con voz cada vez más elevada y reír de manera efusiva.

De pronto, un sobrino mío resultó metiendo por nuestras narices el último número del periodiquito ése, *Ollanta*, cuyo nombre se inspira en el nombre del héroe del drama quechua, Ollantay, y también en Ollanta Humala, el general inca que pusiera de cabeza a Fujimori, momentos antes de que perdiera la cabeza y el poder.

—¿Te acuerdas cuando lo encontramos al rebelde militar alzau y refundido entre las rocas agrestes cerca del Cerro Baúl, en Moquegua, y nos dio un recado para su hermano Antauro?

—No.

* * *

Bueno, pues, aquel sobrino que te digo logró desviar nuestra conversación por un rumbo diferente haciendo que a otro se le ocurriera decir que el drama Ollantay se repite en el Perú de hoy, con el curioso reparto de sus personajes reencarnados.

El dijo:

—Indiscutiblemente, Pachacútec, todos sabemos, es el Cholo Sano y Sagrado, el Choledo, pues él mismo proclama ser la reencarnación del Inca. Ollanta se ha reencarnado maravillosamente en Ollanta Humala, con olla y todo. Luego viene la Cusi Coyllur que es la mami de la Saraí Toledo. Y la Saraí es, sin lugar a dudas, la bella Ima Súmac.

—¿Y quién sería el payaso Piqui Chaqui? —inquirió mi tía—.

A alguien se le ocurrió decir:

—¡El Popy Olivera!

Pero todos murmuraron:

—¡Nooooo! ¡Ese no tiene ninguna gracia!

Pero todos estuvieron de acuerdo que el Piqui Chaqui sería nada más ni nada menos que el “Payasito Waisman”. Y alguien resultó completando el elenco artístico con la Mama Ccacca, y dijo:

—¡Sin duda ella se ha encarnado en la Eliane Karp!

* * *

¿Puede haber algún peruano de verdad que nunca haya visto el drama quechua-español “Ollantay”? No lo creo.

No sería una exageración decir que este drama se habrá presentado miles de veces desde que fuera escrito, y no sólo en el Perú, sino también en otros países andinos y en el mundo entero.

Yo vi su impresionante representación cuando era niño, magistralmente llevada a cabo por un selecto elenco de adolescentes del Colegio “Javier Prado”, de Celendín.

Mucho tiempo después tuve la oportunidad de leer su texto en una bella traducción del quechua hecha por Sebastián Barranca, con una excelente introducción por José María Arguedas. Así me informé que en realidad data del Siglo 18 y que habría sido escrito por el Padre Antonio Valdés, originalmente en quechua, presentando en forma de drama teatral una leyenda cusqueña que el escritor Yépez Miranda logró detectar entre los indios del valle de Urubamba. En otras palabras, algún núcleo de historicidad debió tener.

* * *

El descubrimiento del escritor cusqueño Yépez Miranda, que rescata, aunque de manera muy segmentada una versión legendaria que es ajena a las representaciones de teatro y a los libros, revelaría que Ollanta de veras existió en tiempos del Inca Pachacútec y de su sucesor, Túpac Yupanqui y que llegó a ser el general más connotado de los ejércitos del Imperio Inca, loado por su valor estratega, por su fidelidad a su señor el Inca y por un amor eterno que Pachacútec no pudo destruir a pesar de toda su perversidad y de su poderío *quasi* divino.

El gran pecado de Ollanta fue que a pesar de ser de origen plebeyo, su sangre también teñía de rojo, y amó (“amó” literalmente, y no de manera platónica) a la hija del Inca, a la hermosa Cusi Coyllur. Y tuvo la osadía de confesárselo a su señor el Inca cuando éste le preguntó retóricamente: “¿Cuál es tu petición? ¡Hasta la mitad de mi reino te daré!”

* * *

El Inca no perdonó la osadía de su general, a pesar de sus méritos militares, y a pesar de que la niña que nacería del amor de su hija, sería su nietecita: Ima Súmac, la más bella de todas las princesas del Imperio del Sol.

Así fue que mientras que Ollanta tuvo que huir y convertirse en su enemigo maldito, aunque al mando de una gran sección del Imperio que se plegó a su causa, Pachacutec encerró durante diez años a su propia hija en una prisión de roca, con una puerta secreta de piedra, que se confundía con las fisuras de un masivo muro, y bajo la custodia inmisericorde de esa malvada Mama Ccacca.

Cuando nació en la prisión Ima Súmac, la bebita de Cusi Coyllur y Ollanta, fue arrancada de su madre para ser criada por las vírgenes del Sol en el Aclla Wasi, al cuidado de una nodriza de entre las Mamacuna, a la cual le estaba estrictamente prohibido contarle a la pequeña que tenía un padre y una madre, y menos quiénes eran. Por eso Ima Súmac creció con un horrible trauma y una gran ansiedad, pero sin ser nunca derrotada ni sometida, hasta que fue quien desencadenó el dulce final: Reconoció a su padre, el cual fue restituido a su gloria pasada para la dicha de todos los súbditos del nuevo monarca, el Inca Túpac Yupanqui, cuyos ejércitos absorbieron el territorio de los Choctamallques (la provincia de Celendín) en su avance hacia los Chachapuyas.

* * *

El drama es conmovedor y a la vez cómico. Justamente, el ingrediente del humor lo provee el payaso sobón que funge como paje o chulillo de Ollanta —me refiero al Piqui Chaqui—.

Su carácter medroso, a la par de la magistral desenvoltura con que desempeña su rol de alcahuete, son verdaderamente proverbiales. Por algo es el personaje más difícil de encontrar cuando se quiere representar el drama en las escuelas y en los colegios.

* * *

Nuestra tertulia shilica prosiguió, y logramos dar el salto mortal del Payasito Waisman al genial Piqui Chaqui del drama de Ollantay, y era inevitable referirse entre carcajadas a la representación que muchísimos años atrás, cuando yo era un niño pequeño, se llevó a cabo en el Colegio “Javier Prado” de mi ciudad natal, Celendín.

De aquellos momentos de gloria con que se cubrió la representación, sólo recuerdo a Cusi Coyllur, porque para este papel habían escogido a mi hermana Esther, a causa de su belleza bíblica y proverbial.

También recuerdo, como en un sueño, a Ima Súmac, que era una niñita de diez años, mucho más grandecita que yo, pero que en mí despertara profundas fantasías de amor.

También recuerdo en especial a una de la vírgenes del Sol, porque era mi prima Toya, su amor platónico del César Copocho, gracias a mis gestiones infantiles: Yo “le hacía la buena con mi prima”, es decir, no hacía nada.

* * *

Como les dije, mi hermana Esther era la chica más hermosa y sexy del Colegio “Javier Prado”.

No sé por qué será, pero quien se llama Esther, ¡dejuero que ha de ser bella, inteligente y de buen corazón! Esther se llamaba mi madre. Esther es mi hermana. Esther es mi sobrina. Ester es mi hija. Y nadie más que Esther podría representar en el drama a la princesa real.

Pero como mi hermana Esther estaba en la mira de todos los colegiales galanes, mi madre le ordenó a mi hermana Sara que acompañara a su hermanita mayor a todos los ensayos, diciéndole: “¡No vayas a apartar de ella el ojo, ni por un solo instante!”

La Sara estaba bien instruida de interponerse entre su hermana y cualquier colegial que se le acercara demasiado, mirándoles a los dos de en medio hacia arriba con una carita de tierna inocencia: “¡Sobre todo si se trata del famoso César Copocho!” —el único que realmente parecía importarle a la princesa y a las vírgenes del Sol.

* * *

Mi hermana Sara cumplió fielmente las órdenes de la Mama Tey (Esther), y como creía necesitar de alguna ayuda, a los ensayos me llevaba a mí, que le seguía en la escalera de la edad: Yo tendría entre tres y cuatro añitos como puedes ver en la palma de mi mano. Por eso yo terminé aprendiendo de memoria todo el drama de Ollantay, y ya nada me llamaba la atención. Pero el día de los loros quedé asombrado del desenvolvimiento estelar de mi hermana y de su hermosura, como en ninguno de los ensayos previos.

Pero más que la hermosa Cusi Coyllur —mi hermana Esther— fue aplaudida y comentada la actuación estelar del Piqui Chaqui, papel para el cual habían escogido a un colegial mocosito y cailingo, y propenso a todo tipo de travesuras y payasadas.

Su nombre era Aníbal Rodríguez Marín, y en la foto que acompaño lo verás apuntándote con su arco y su flecha. Y si tú visitas Celendín, no preguntes por este nombre, sino por el “Sheque”, que es su apodo. Y te enterarás que en buen dialecto shilico, “payasada” se dice “shecada”, porque sus payasadas eran proverbiales.

* * *

Resulta que el Sheque estaba bajo la mira de Don Artemio Tavera, el profesor del curso, porque nada tomaba en serio y todo lo convertía en payasada —un rarísimo don que pocos pueden apreciar y menos encarnar—.

En la noche de la presentación del drama en debut, el Sheque era el más justo de todos, porque a las justas había logrado aprender sus parlamentos, después de haber improvisado y echado a perder todos los ensayos previos.

También era el más inocente, porque lo que le ocurrió y ocurrió estuvo lejos de toda premeditación.

—¿Y qué fue exactamente lo que ocurrió? Porque algo he oído de ese embrollo. . .

—Estaban los artistas en los últimos preparativos antes de que se abriera el telón del escenario. El salón de actos estaba repleto. El bullicio del público era incontenible y la espera era tensa.

—¿Y? ¿Papas con ají?

* * *

La expectativa de la mayoría en el público, sobre todo entre las chicas locas del colegio Javier Prado, era que al abrirse el telón, como estaba previsto, ingresaría con porte militar y cubierto con una gloriosa capa roja, el héroe principal del drama: ¡El valeroso Ollanta!

El que representaba a este glorioso general inca era el Fidel Torres, el colegial más alto y fornido. Su porte atlético y su carita de galán, tan parecida a la del actor mexicano Joaquín Cordero, traía bobas a todas las muchachas.

El entraría con garbo, se detendría en seco mirando al público con mirada penetrante, y luego se pondría a divisar de un lado para otro poniendo su mano derecha como visera sobre sus ojos, tratando de averiguar por dónde diablos andaría metido su chulillo y alcahuete, el Piqui Chaqui, para preguntarle: “¿Has visto, Piqui Chaqui a Cusi Coyllur en su palacio?”

* * *

Entonces ocurrió algo providencial que hace de esta representación del drama el espectáculo más comentado en Celendín, a pesar de que de ello ha pasado ya más de medio siglo.

Estaba, pues, para abrirse el telón, y el Ollanta estaba listo para entrar en escena, cuando se les ocurre a las estrellas del drama dar una miradita extra a su “look”, a última hora.

Había que chequear sus cejas, sus pestañas, el contorno de sus labios bermejos y brillantes, trazado con un *rouge* que no sólo acentuaba su sensualidad y las hacía descubrir en ellas mismas, de repente, el fascinante mundo femenino en toda su gloria, sino que además daba cierto sabor azucarado y perfumado a sus bocas.

* * *

El Piqui Chaqui también estaba listo para entrar en escena, detrás de su señor, Ollanta, con paso no marcial, sino de mentecato, y agarrándose temeroso de la minifalda de su amo.

Entonces la Cusi Coyllur le rogó que sostuviera un ratito un espejuelo redondo, de esos que sirven de ojos brillantes a los toros de las danzas de Corpus Christi, para que pudiera darse una miradita final, y poner en su sitio a uno que otro pelito desordenado y travieso.

En ese preciso momento pasó por allí Don Artemio Tavera, el profesor del curso, que tenía la difícil tarea de velar por la disciplina en un colegio que desde aquellos años era mixto, adelantándose a los logros de la educación en nuestro país. El lo vio al Piqui Chaqui, a quien, como dijimos, le tenía ojeriza, e intervino sin averiguar los detalles de las cosas.

—¿No habrá sido que lo vio al Piqui Chaqui meneando su culo? Porque he aquí que dicen que el muchacho tenía gusanera, y que nunca estaba quieto ni tomaba las cosas en serio. . .

—Sea como sea, el Piqui Chaqui se estaba haciendo el servicial, nada más. Además, no había nada entre él y la Cusi Coyllur, más que alguna fantasía fugaz. Y además, en esos precisos momentos iban a abrir el telón.

* * *

—El profesor del curso intervino de tal manera que pudo haber traumatizado de por vida al pobre muchacho, pero resultó, más bien, elevándolo a la cumbre de la gloria.

—¿Qué pasó?

—Pensó que el payaso se estaba propasando con la hermosa Cusi Coyllur. Entonces se acercó de inmediato y le dio al cailingo un sopapo fenomenal que lo mandó rodando como tortero, él por el suelo, y su espejuelo por el cielo.

—¿Y?

—El pobre muchacho vino a caer justo en medio del escenario, ¡justo en el instante en que se abría el telón!

—¿Y?

—¿Cómo pué habrá sido el espectáculo y cuán cómico el intempestivo ingreso del actor, que el público se puso de pie en ovación sin tregua!

* * *

—Por supuesto, al ingresar primero el Piqui Chaqui, antes que su señor Ollanta, y al merecer tan efusivo aplauso de la concurrencia, Ollanta hizo su ingreso después, despojado de su lustre y de su gloria.

—¿Y?

—Y para colmo ambos se olvidaron por completo de sus parlamentos, pues estando el Piqui Chaqui tendido en el suelo como una shipuna, no era prudente buscarle con la mirada penetrante, ni menos preguntarle: “¿Has visto a Cusi Coyllur? Simplemente porque la princesa no podría estar oculta entre las rendijas del entablado del proscenio sobre el cual yacía el Piqui Chaqui.

—¿Y?

—Lo que hizo el Ollanta fue levantar al cailingo del suelo con su brazo fuerte y sus musculosas mulleras. Y el público se desgañitaba de risa al verle levantado en alto como un trapo.

—¿Y?

—Y para colmo de colmos, cuando el Ollanta lo volvió a soltar al suelo, el Piqui Chaqui le dijo, sobándose y saltándose algunas líneas del libreto: “¡El demonio te ha

hechizado!”, dando la impresión de que protestaba por el nuevo golpe propinado, cuando en el guión era para reconvenirle por poner sus ojos en una princesa de sangre real.

* * *

Mientras esto ocurría en el escenario, detrás de bambalinas todas las chicas, tanto las princesas como las vírgenes del Sol se destripaban de risa y se olvidaron de todos sus parlamentos en preciso momento en que debían ingresar al escenario. Todo se convirtió en un pandemonio.

Pero el desconcierto se incrementó después que el Piqui Chaqui salió de escena, pues el público reclamaba su reingreso gritando: “¡Piqui Chaqui! ¡Piqui Chaqui! ¡Piqui Chaqui!

Cuentan que sólo después del drama, cuando la multitud bajaba cuesta abajo rumbo a Colpacucho llevando en hombros al Piqui Chaqui, recién le empezó a arder la mejilla del sopapo.

Pero, ¿qué importaba! Porque su triunfo escénico no sería solo la comidilla en todos los hogares en Celendín al día siguiente, sino el acto más comentado con el paso de las generaciones, que sacarían en limpio el hecho de que ser uno mismo rinde más, y que reírse de sí mismo y hacer reír a los demás es el don más glorioso que une al ser humano con Dios, el maestro del humor.

3 UN RITUAL DE BRUJERIA



La mocosa era linda. Y yo me sentía dichoso de que a todo instante ella quisiera tenerme a su lado como su pet, su mascota preferida.

Cuando no había otro pretexto inteligente para tenerme cerca, ella sque me “despiojaba”, es decir, jugaba con mi abundante cabellera ensortijada mientras estiraba debajo sus hermosas piernas y dejaba visible sus pantorrillas sobre el pretil del patio empedrado y abrigado por el Sol del medio día.

Desde mocosa ella era, como decía la Mama Tey, “culo parau”, y de muchacha tenía caderas notables que arrancaban suspiros en la ciudad santa.

Pero esa tarde, cuando ya oscurecía, ella parecía no estar ya más interesada en mis piojos. ¡Qué desilusión para mí! Sería otra su inquietud. ¿Acaso un amor de adeweras?

Pero no. Me daba la impresión de que más bien estaba alerta, a la espera de algo, de algo totalmente distinto e insospechado. Y efectivamente, en ese preciso momento captó en el aire abrigado lo que estaría esperando.

* * *

Soltó bruscamente mi cabeza sobre el empedrado del pretil y trepó por una destartalada escalera hecha con palos de maguey que se apoyaba arriba sobre un horcón horizontal que sobresalía de la gruesa pared de adobes, a la altura de la entrada de un tenebroso altillo.

Por aquella escalera subió veloz, pero sigilosamente, cuidando de no golpear su tutuma contra las guayungas de maíz que pendían de la soga. Entonces, yo, abajo, supe por primera vez en mi vida lo que era ver un calzón, cuando de manera providencial mi cabeza permaneció perezosamente puesta boca arriba sobre la tosca cabecera de piedras, tal como ella la había dejado al subir intempestivamente al altillo.

* * *

Los chicos de la escuela y mis compañeros de juego alababan, con lágrimas en los ojos de sólo imaginarlo, el calzón que habían logrado ver de las muchachas. Los más grandes y osados se ufanaban de haber visto en vivo y en directo el calzón de tal o cual chica, dando nombres y apellidos. Unos comentaban haber visto su calzón de la Quevedo, cuando subía a su palco en la corrida de toros en la Feliciano. Ellos squé pasaban “por casualidad” detrás de la barrera en busca de un chaqué équis, cuando levantaron la mirada al advertir algún peligro, ¡y lo vieron a su calzón!

En circunstancias diferentes, otros luavían visto a su calzón de la Shila, que squé era rojo con bobos rosados. Y los que escuchaban preguntaban embobados: “¿De la Priscila Silva Díaz?” —Y los comentarios se sucedían uno tras otro, aunque fueran nada más que puras fantasías—.

* * *

Yo no podía entender qué atractivo podría tener un trapo mapioso, un triste calzón colorado o de cualquier color, que en aquellos días eran hechos mayormente de tocuyo teñido con añilina. ¿Qué importancia digna de comentarios podrían tener los bobos y las blondas de color rosado?

Pero aquella tarde aprendí que lo que despertaba tanta admiración no era tanto el calzón como su contenido. Por primera vez en mi vida tuve el privilegio de ver yo mismo, en vivo y en directo, con mis propios ojos, un calzón con contenido y todo, en medio de una maravillosa visión vespertina.

Jamás había imaginado que existiese algo tan bello y glorioso en el mundo. Con esa visión celestial sólo eran bendecidos los humildes como yo, que colocábamos nuestras cabezas sobre una cabecera de piedras; no los que andan con la cabeza erguida, sino los que andan volando bajo pasando siempre desapercibidos.

Pero así de hermosa, fue una visión fugaz que me dejó convulsionado y con la cabeza inmóvil sobre el pretil.

* * *

Una vez arriba, mi prima Betty estiró su cabeza afuera del oscuro altillo, y llamó con señas a la Orla, su hermana mayor que pasaba por el patio. Y como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, ella también subió sigilosamente, no sin antes despejar a un lado mi cabeza con su pie, para eliminar todo estorbo, o para ahorrarme el fruto de volver a gustar el fruto prohibido.

Entonces me paré e intenté seguirla, pero ella no me lo permitió. Como siempre, la Betty intercedió por mí para que se me concediera la gracia de ser incluido en su secreto. Al corazón generoso de Betty también se le ocurrió extender su gracia al Mudo Miguelino.

Yo fui el que lo avió al Miguelino hacia arriba, empujando su sopino con las puntas de mis dedos y conteniéndolo con el costado de mi nuca, con mi cara a un lado para respirar aire puro.

La Betty ayudó jalándolo hacia arriba de sus manos, y una vez que logró introducirlo con éxito por la entrada del altillo, me tocó subir a mí.

* * *

Mientras trepaba sigilosamente por la escalera hacia la entrada del misterioso altillo, ambas hermanas me advertían con su dedo sobre sus labios que guardara el más absoluto silencio. Del Miguelino se encargarían ellas, tapando a cada rato su boca y su nariz y ahogándolo con sus manos, cuando el mudo, dichoso de ser incluido en la aventura mitológica, se reía torpemente: “¡Ujúuu!”

Se requería, pues, del más absoluto silencio. Pero, ¿qué misterio había en aquel oscuro altillo con cuyos carrizos y tejas chocaban nuestras cabezas a cada paso?

Es que desde ese altillo se podía ver, por una rendija entre los adobes sobre los cuales se apoyaban las tijeras del armazón del techo, el corral o patio trasero de la casa del Serejé y de su mujer, la “Chinalinda”, por su gran parecido con un ave típica de la cadena septentrional del Jelij.

* * *

Lo que la Betty había visto en otra ocasión fue algo de los rituales de brujería que realizaba la Chinalinda a la hora de la oración, que según se suele decir es la hora más propicia para brujearlo a tu prójimo.

Era justamente la señal de que un nuevo ritual de brujería estaba a punto de empezar lo que la Betty intentaba captar en el aire pesado de aquella tarde asoleada, para subir de inmediato al altillo y “juzgar”.

También la Orla sabía que aquellos rituales macabros tenían lugar en el patio empedrado, en medio de carcas de bestias, alfalfa pisoteada y otras inmundicias de rigor.

* * *

Ellas acaparaban por turno aquella rendija para mirar hacia el corral de la Chinalinda, y en vano les rogaba que me dejaran ver a mí también.

Cuando por fin me concedieron acceso a la rendija, pude ver con toda claridad a la Chinalinda con su cara de gringa arrugada y su desordenada cabellera rubia oxigenada, sus

cejas pintadas de negro y sus cachetes teñidos con achiote como chapas enormes, y su exagerado atuendo de bruja.

Ella blandía un atado de ruda, mientras un cliente estaba ashaturado en el piso empedrado del alar, con su poncho plegado sobre su hombro izquierdo, y su potocho ocultando un rostro sombrío de mujer. Dicen que al cliente siempre lo viste de mujer, y de hombre a la mujer. Quizás se trate nada más que de un secreto profesional.

* * *

El Serejé, el marido de la Chinalinda, ayudaba como chulillo, más borracho que de costumbre y con una bola de coca que le hacía perder el equilibrio.

El alcanzaba alguna sonseras mientras la Chinalinda se remolineaba en el ritual como en una danza del vientre, es decir, de panza.

Junto al cliente había una manta tendida sobre la cual eran visibles una profusión de guairuros, una calavera con peluca de cabuya y sus cuencos taconeados con hojas de coca. También había una burda muñeca hecha de coronta de maíz, chucada con el manto brillante de una shipuna.

Como intenté adueñarme de la rendija, mis primas jalaron violentamente de mi vivirí. Eso pareció producir algún ruido que puso en sobresalto a la bruja. Pero todo se normalizó y la Chinalinda continuó con el ritual, incluidos los rezos de maldición del cañazo y de la coca:

*Jesús y María,
coca tunana,
si no lo encuentro a tu hija,
lo llevo a tu mama.*

* * *

Nuestras funciones se fueron delimitando: Mientras la Betty y la Orla, que eran más grandes que yo y que el Miguelino se turnaban para mirar por la rendija, yo estaba a cargo de mantener al Miguelino quieto y en silencio, cosa tan difícil como prever los movimientos de un resorte malogrado. Pero cuando cansado de todo esto preguntaba por qué diablos se lo tenía que subir al altillo al Miguelino, si no lo dejaban mirar a él también, se le ocurrió a la Betty extenderle a él también su gracia, justo cuando le tocaba a la Chinalinda empezar su bailecito que era parte del ritual.

Para ser honesto, esa fue una movida descabellada, y cuando el zonzo se rió con un estruendoso “¡Ujúuu!”, ellas lo jalaron violentamente hacia atrás ocasionando mayor ruido. Entonces perdió la concentración la Chinalinda, y el ritual se echó a perder.

Con mucho cuidado bajamos la escalera, primero yo, después el Miguelino, después la Betty y fuinalmente la Orla que parecía cuidar que el Miguelino viera su calzón y terminara riéndose estrepitosamente: “¡Ujúuu!”

—¡Ay, ay, ay! Si la Chinalinda se enteraba de que fue el Mudo Miguelino el que le echó a perder su ritual. . . ¡Dejuro que luá de brujear!

—¿Para qué? ¡Eso sería nada más que gastar pólvora en gallinazo!

4

EL VUELO DE LA CHINA LINDA

Desde aquel día yo creí lo que se decía en Celendín, que la Chinalinda era realmente una bruja mala que también volaba. En contraste, su marido, el Serejé era más bien un hombre bonachón, aunque tristemente esclavo del cañazo y de la coca.

Mientras su mujer se dedicaba a otros menesteres en su cuarto, él jornaleaba como peón. No faltaban los que lo contrataban a pesar de que era enclenque y a duras penas se mantenía en pie durante la jornada.

Era rubio, bien parecido a Vil Clinton, pero reducido a su mínima expresión. Siempre andaba vestido con el mismo mugriento y verde pantalón de cachaco para montar, a pesar de que el pobre ya no montaba o jamás habría montado en su vida.

El andaba descalzo y a saltitos, a causa de sus cúngash. A la distancia parecía un shingo agonizante, a punto de sentar el pico.

* * *

Pero la Chinalinda era treja a pesar de ser vieja. Su marca registrada era su espeso maquillaje con que tapaba sus arrugas, y su ropa vaporosa como si tuviera una enagua sobre otra. Su apodo parece haber derivado de sus ojeras abultadas, pintadas de tonos rojos y azulados.

No faltaba algún muchacho atrevido que le lanzase algún piropo mordaz:

—¡Juijuui! ¡Qué bien teñida va mi Chinalinda! ¡Con razón ya no hay más achiote para el adrezo de la comida en todo Celendín!

Entonces ella lo volvía trizas en plena calle pues sabía con exactitud de quién diablos era su entenau, y le sacaba los trapitos al Sol para que se enterase toda la villa.

* * *

Cuando ella pasaba las mujeres guardaban silencio y se escabullían por sus puertas, porque la Chinalinda sabía cuál y cuál tenía rabo de paja, y ella por cierto, ¡no tenía pelos en la lengua!

Pero lo que a cualquiera lo convertía en su presencia en un caballero respetuoso era el miedo de ser brujeado. Yo, por ejemplo, temblaba a su paso y me desaparecía debajo de su mesa de sastre de Don Humberto Merino, o me ocultaba detrás de los atados de alfalfa que algunos vecinos tenían a la venta junto a las puertas de sus tiendas. Yo tenía miedo de que me convirtiese en sapo o de que me comiera vivo.

Desde aquella tarde cuando me convencí de que ella era efectivamente bruja mi miedo se incrementó.

* * *

Cierto día, salimos felices los escueleros de la Escuela N° 81 a la hora del almuerzo, y bajamos en mancha en dirección de su esquina de don Víctor Camacho. Y nos encontramos con un montón de gente apostada en las cuatro esquinas, miedosamente pegadas a las paredes, como si temiesen bajar de las veredas. Es que junto a la pila de agua estaba la Chinalinda intercambiando a viva voz insultos con un estanciero de aspecto matón, de quien también se decía que era brujo, además de machetero. Daba pánico ver su machete ceñido a su cintura y su poncho tirado hacia atrás mientras gesticulaba con energía.

Sólo cuando crecí me puse a pensar si aquella reyerta en plena vía pública no habrá sido más que un show publicitario concertado por ambos brujos para nutrir a la gente con el miedo y el respeto que ellos creían merecer en la ciudad.

En el pasado lo había visto a él dos o tres veces cuando pasaba por la puerta de mi casa, rumbo a la chichería de doña Abadesa.

Decían que era llanguatino, lo que asustaba aun más, porque los llanguatinos, con el perdón de Don Sheba, que son macheteros. No sé si sus pómulos hinchados y ennegrecidos eran parte de su perfil natural o si continuamente paraba dándose de puñetazos con otros estancieros.

* * *

Aquel día, junto a la pila de agua, frente a su esquina de don Víctor Camacho me convencí que el llanguatino también era brujo, porque él reconoció serlo. Pero en comparación con la Chinalinda no era más que su aprendiz. Juntos, uno al lado de la otra, parecían madre e hijo.

Entre las cosas vulgares que se gritaban, supuestamente reclamando méritos y ascendencia, y para que escuchara la gente agolpada, el llanguatino le echó en cara a la Chinalinda, diciendo:

—¡A ver niégalo! ¡A ver niégalo! ¡Yo te caché esa noche! ¡Sí o no?

Y ella respondía, victoriosa:

—¡Que todo el mundo lo sepa que yo soy tu maestra, la que te enseñó a volar!

Ante estas palabras, el llanguatino se quedó enmudecido, porque ella se dio a conocer como la “catredrática”, y lo dio a conocer a él como su aprendiz de brujo.

Como el que calla otorga, ese día supe que es cierto que las brujas vuelan.

* * *

Desde aquel día yo estaría alerta mirando si la Chinalinda, o algunos de sus aprendices atravesaban de noche las esquinas en raudo vuelo, o si volaban de un campanario a otro, o de un eucalipto a otro, o si con sus manos hacía retroceder las agujas del reloj público para echar a perder las citas de amor a la hora de la oración.

Por un tiempo dejé de acudir a la casa de mi mamita Empera para ser despiojado por mi prima, lo que de por sí era un sacrificio para mí. Porque su casa de mi mamita colindaba con el corral de la Chinalinda.

Sólo me iba a la mala para llevar algún recado urgente, y tras cumplir con mi comisión bajaba corriendo a un lugar seguro.

Tenía miedo que por haber descubierto su secreto me convirtiera en sapo o en algo muchísimo peor.

Sólo por este temor aceptaba la compañía de mi hermana mayor, y no me quedaba “arriba” aunque estuviese embobado por la chica con calzón con bobos.

* * *

Estas cosas y estos temores llenaban mi mente cuando al anochecer me dirigí apresurado al excusado en el lugar más recóndito de la huerta.

Ocurrió en un anochecer sombrío y frío. Como alguien estaba dizqué “ocupadísimo” en el fondo de la huerta, yo tuve que desaparecer entre las guías de Chiclayo cuyas hojas se trenzaban en la huerta. Desde allí levanté la mirada y vi a la Chinalinda volando de la copa de un alto eucalipto a la copa de otro, y salí de inmediato corriendo y enredándome con mi pantalón.

El griterío que se produjo en nuestra casa atrajo a los vecinos, y todos me pedían que describiera lo que acababa de ver.

* * *

En medio de un batallón de mocosos, la Mama Tey escuchaba en silencio, sin emitir ningún juicio o comentario. Algo me hacía pensar que en lugar de tenerme compasión se aguantaba la risa.

Ella se apartó del grupo diciendo:

—¡Yo les aseguro que no era algo más que un triste shingo!

Pero doña Aurora Mori dijo con razón:

—¡A esta hora no vuelan los shingos, comadrita!

Sus palabras me conmocionaron más, porque como un rayo vino a mi mente la idea de que hasta el Serejé, que casi no podía andar ni montar y que andaba tambaleándose y asentando el pico como un shingo, también hubiese aprendido a surcar el cielo en raudo vuelo.

* * *

Yo no hice más comentarios, pero la concurrencia sí.

Mientras se iban dispersando, algunos decían:

—¡Con razón dicen que la Chinalinda y el Serejé nunca salen en las fotografías. El Alfredo Rocha sique les tomó una foto para el recuerdo, y todo el rollo se veló.

Y otros decían:

—Cuando alguien tiene la desdicha de ver a una bruja volando en la penumbra o en la noche, la manera de hacerla caer es arrojándose al suelo con los brazos extendidos en forma de cruz. Dicen que haciendo esto, la bruja se estrella contra el suelo dando bote: ¡Plototoj! ¡Plototoj! ¡Plototoj!

Y doña Marina Silva se retira comentando:

—También dicen que cuando amenaza llover, la mejor manera de evitar el aguacero es zafándose el calzón y enseñándole tu culo al cielo. Dicen que eso es. . . ¡santo remedio!

Y doña Abadesa comenta, maravillada:

—¡Quién grajiento luabrá descubierto a este secreto! ¡Cosas hemos de ver mientras vivimos!

5 EL TRIO DINAMICO

Recordar nuestras experiencias infantiles y compartirlas con los demás es una necesidad, porque el recuerdo nutre nuestras vidas. Pero escribirlas es una gran responsabilidad que no se ha de enfrentar si nuestro propósito no es que de ellas aprendamos a ser más sensibles y humanos. Por eso, cuando refiero las mías, ellas adquieren el cariz de una confesión respecto de los sentimientos nobles que no tuve, de la iniciativa que no se presentó, de las oportunidades perdidas de ser bueno. Y una confesión siempre viene acompañada de remordimiento y desesperación.

Por eso, cuando recuerdo a mis personajes más desventurados, lo hago con nostalgia y verdadero pesar, y al mismo tiempo con agradecimiento porque contribuyeron a llenar mi vida con contenido.

Por mucho tiempo, tres de ellos ocupaban el centro de los comentarios de la vida de nuestro pueblo, sin percatarse nunca de ello. Y esto sigue ocurriendo a pesar de que ellos pasaran hace tiempo a mejor vida.

Uno era el Mudo Miguelino. Otro era el Lagañoso. Y el tercero era el Loco Israel. Mis aventuras infantiles se entremezclan con las de ellos.

EL MIGUELINO



El Tío Miguelino y sus lindos sobrinitos

El Miguelino era un hombre diminuto y casi mudo que fue acogido en nuestra casa como un miembro más de la familia.

A él le acomodamos un cuartito para dormir, adaptado a su tamaño. En nuestra casa tenía todo lo que necesitaba, y él se hacía útil acarreado agua de la pila de la plaza. Su mayor satisfacción era mantener la paila siempre llena.

Su carita era blanca y menuda, sus ojos azules y su sonrisa angelical. Era tronchadito a su Santidad, el Papa Chale I. Sólo que lo manteníamos siempre cocobolo para evitar que se hundiera de piojos. Y aunque los mocosos a veces éramos toscos con él para hacerlo renegar y pronunciar las palabras más soeces, él siempre se hallaba disponible y perdonador.

* * *

Cuando había amasijo en casa, mi mamá nos repartía los primeros panes que salían del horno a todos los que esperábamos ese momento merodeando por allí. El Miguelino también se hallaba cerca para recibir su meruca, su guanaco o su suspiro caliente. Pero él era el único protestante que se acercaba a la mamá Esther, o la Eté como él la llamaba, la jaloneaba de su chompa hasta hacer que perdiese el equilibrio, y le decía, mirándome malévolamente a mí y a mi pan:

—¡Eté! ¡Eté! ¡A ese chiquito, grandazo; y a mi grandazo, chiquito!

En esos tiempos el mudo era más grande que yo, y se quejaba de que yo siendo chiquito, recibiese un pan más grande que el de él.

En otras ocasiones no cejaba de echarme a mí la culpa de todas las travesuras y maldades que se cometían en Celendín, aun de las que yo fuera inocente.

Su manera de referirse a mi persona era llamándome “su cholito de la Eté”.

¿Quién había hecho maña en la olla? Nunca era él; siempre era “su cholito de la Eté”.

* * *

En nuestra casa, el patio principal se comunicaba con un patio trasero por medio de un pasadizo al costado del dormitorio cuya puerta daba al patio principal.

Un pequeño alar delante de este dormitorio protegía de la lluvia la ropa puesta a secar sobre un carrizo que pendía horizontal del entablado del piso superior.

Las gradas, debajo de las cuales estaba su cuartito del mudo Miguelino, habían sido hechas por mi primo Juan Rodrigo, que era carpintero.

Al Miguelino nos gustaba hacerle renegar de diversas maneras. Con una indolencia que ahora me avergüenza y entristece nos deleitábamos al escucharle decir: “¡Cuñau! ¡Carajo! ¡Deja! ¡Quítate! ¡Yau!”

O le dábamos un buen cocacho para que gritara aun más fuerte: “¡Ayayauuuu!”

Pero la movida más odiosa era cuando se le subía violentamente el pantalón por detrás, levantándolo en vilo, ¡justo cuando estaba orinando rico rico! Y uno de los que le hacían esto era, casualmente, el Juan Rodrigo.

Después todo se solucionaba con darle una cariñada y un pan. Y al Miguelino se le caían lágrimas de sus ojos risueños y llenos de agradecimiento.

* * *

Pero un día, inesperadamente, el Juan Rodrigo murió en su aldea natal, Huacapampa, más exactamente, en la entrada a Huacapampa, un lugar llamado Torino, que digo, El Torno. Algunos creen que fue envenenado por celos.

Toda la familia nos dirigimos allá para el velorio. A mí, que era pequeño, en trechos me llevaban sobre hombros al estilo “santo piñuno”, y llegamos a la casa del velorio, empapados a causa de la persistente lluvia.

Al llegar a El Torno, mi mamá me sacó mi pantaloncito para secarlo al calor del fuego de la bicharra que había en el alar, junto al horno. Mientras tanto, hizo que me sentara en un rincón de la sala donde estaba el muerto, dejándome bien envuelto con un pañolón. Cuando mi mamá volvió con mi pantalón seco, le preguntaron si quería ver al difunto que se encontraba tendido sobre una mesa larga, cubierto con una sábana, porque todavía no habían conseguido un ataúd.

Descubrieron la parte superior del cadáver y yo me mantuve de pie sobre la silla, agarrado de la blusa de mi madre. El era hermoso; parecía estar durmiendo, pero las fosas de su nariz estaban tapadas con algodones. Era moreno, de cuerpo espigado, bromista, juguetón. Le gustaba mucho gastarles bromas a mis hermanas, muchachas adolescentes de las más bellas de Celendín.

* * *

De regreso en casa en Celendín, en aquellas noches negras, retintas, se sentía su presencia en las gradas y en el balcón que él había construido, o abajo en el alar donde había instalado su banco de carpintería y donde había dejado sus herramientas.

Un curpazo hacía resonar la hoja de su sierra, o se escuchaba un raspeton entristecido sobre las cuerdas de su guitarra, que seguía colgada sobre la pared al lado de sus huérfanas herramientas de carpintería. Aquello nos producía escalofríos a pesar de estar abrigados en nuestras camas.

Estas cosas pasaron con el tiempo. Lo que no pasó fue un extraño fenómeno que duró por muchos años; algo que le ocurría al mudo Miguelino: Por mucho tiempo después, pasada la media noche el Miguelino nos despertaba con sus gritos y sus estruendosas carcajadas. Parecía que le hacían cosquillas.

Mi madre comentaba, dirigiéndose a mi padre, que prefería mantenerse callado y pensativo:

—¿Lóis? Seguro sueña que lo molestan y le hacen cosquillas esos muchachos malcriáu.

Esos gritos, carcajadas y maldiciones del Miguelino, que formaban parte de su reducido repertorio verbal desaparecían por semanas y meses, pero volvían a ocurrir exactamente del mismo modo.

* * *

Cierta noche, cuando yo tenía nueve años, me desperté con ganas de orinar.

Yo dormía con mi padre en mi lado del rincón. La bacénica estaba al pie de su cama de mi mamá en el otro extremo del dormitorio, junto a la puerta que daba al alar, que como era verano, estaba abierta de par en par. La noche estaba iluminada por la intensa luz de la Luna.

Me levanté, pasé por encima de mi papá, evitando despertarlo, y me dirigí hacia la cama de mi mamá, en pos de la ansiada bacénica. Todos dormían plácidamente.

Tomé la bacénica, y ¡chrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!, oriné sosegadamente mientras contemplaba el patio iluminado por la Luna. Y al acabar de orinar me quedé paralizado al ver que un fantasma atravesó el patio de un extremo a otro, y se metió en su cuartito del Miguelino que estaba debajo de las gradas que conducían al segundo piso. Pasó con movimientos ágiles y con prisa una nebulosa con forma humana, flotando a medio metro de altura.

Entonces los orines se me congelaron y dejaron de chorrear.

Silenciosamente coloqué la bacénica debajo de la cama de mi mamá, y me metí en mi cama en el preciso momento en que el Miguelino comenzaba a reír y a gritar: “¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Quieto! ¡Carajo! ¡Deja! ¡Maldiciau! ¡Cuñau!”

Yo me quedé inmóvil y tardé en volverme a abrigar.

* * *

Cierto día, después de haber terminado mis estudios en una universidad de Estados Unidos visité Celendín, y con mi hermana Chabuca fui de paseo a Huacapampa, y pasamos por la casa del Juan Rodrigo en El Torno.

Me quedé callado cuando nuestro auto pasó por el lugar, pero cuando nos acercamos a la plaza de armas de Huacapampa le pregunto a mi hermana:

—Total, ¿de qué murió el Juan Rodrigo?

Ella responde:

—Dicen que lo mataron por celos, poniéndole un veneno en su bebida. Nunca se supo la verdad. Pero, ¿por qué me lo preguntas ahora?

—Porque creo que he visto su fantasma en su casa de la Esther, entrando a su cuartito del Miguelino a hacerle cosquillas y a hacerle gritar y renegar como solía hacerlo en vida. Lo he visto hace muchos años, cuando era pequeño, pero me he quedado callado.

EL LAGAÑOSO



El Lagañoso cargando su bulto

Con el transcurso del tiempo, todos los chicos de la familia crecíamos, pero el Miguelino, más bien, se encogía. Y su vida quizás no hubiera sido tan significativa sin la cercanía del Lagañoso Lagarpejo Come Tripas de Conejo.

El Miguelino y el Lagañoso tenían varias cosas en común:

Ambos eran zarcos, es decir, tenían los ojos celestes. Pero como nada es perfecto en esta vida, esos ojazos zarcos y resabidos del Lagañoso, estaban enrojecidos por unas lagañas sempiternas.

Ambos eran gringuitos, etéreos, casi transparentes y extraterrestres. Si no hubiera sido por la mugre hubieran sido invisibles.

Ambos tenían una malformación en los pies: El Miguelino tenía los talones y los tobillos en ángulo agudo con el empeine de sus pies. Y el Lagañoso tenía “patas de pan shimbau”, porque sus dedos se montaban unos sobre otros.

Para que te hagas una idea mejor, el Lagañoso era igualito al Raúl Romero, el tan cotizado animador de la televisión, y el Miguelino se parecía al Papa Juan Pablo II. Pero ambos, como dignos celendinos, se ganaban la vida con el sudor de su frente: El Miguelino, acarreado agua de la pila; y el Lagañoso, cargando maletas y bultos pesados desde las agencias y las góndolas que llegaban a Celendín.

* * *

Pero algo los diferenciaba de manera radical: Mientras el Miguelino era un alma de Dios, el Lagañoso era resabido, grajiento y pendenciero, y le gustaba gastarles bromas pesadas a todo el mundo.

Para tener a los muchachos malandrines asustados y bajo control, llevaba una sogá enroscada en su cintura y en su pecho. Su pecho también estaba ceñido por un enorme tirajebe.

El Fonshi Lagañoso tenía la mala costumbre de asustar a la gente, sobre todo a las mujeres, y sonreír malévolamente mientras ellas recuperaban el aliento.

Su marca registrada eran expresiones elípticas a base de palabras sucias y provocativas, con que se dirigía a todos sin distinción y sin ningún respeto de ninguna laya.

Al Juan Tejada Sánchez, que era de Sorochuco, lo tenía curcuncho con su frasecica amanerada: “¡Ayayáy, el estancié sorochuquí!” —como si ser de Sorochuco fuera motivo de vergüenza—.

Al Panamo le llamaba “Entená Panamá”.

Al Mime, “Mí”, nada más.

Al Conejo, “Coné”.

A don Dámaso Carrión le llamaba “el Da pugavé”. ¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Di?

La gente circunspecta evitaba enredarse con él, porque él podía llamarle a cualquiera, de esquina a esquina: “¡Concha tumá!” o “¡Hijo de la grampú!”. A eso se exponían todos los que solían gritarle de cuadra a cuadra, imitando su “estí”: “¡Lagañoso lagarpé, cometrí de coné!” estilo que deriva de los días cuando los nashacos de Celendín se metieron a aprender el idioma francés.

Las muchachas lo llamaban “Fonshito” o “Fonshí” (Alfonsito), esperando que el grajiento no se excediera con ellas con sus frases desvergonzadas.

* * *

¿De dónde mié sacó el Lagañó Maricué ese estí de habló?

El asunto ha sido estudiado por los antropólogos celendinos, y la explicación más convincente que he escuchado ha sido expresada por el Dr. Jorge A. Chávez Silva, el “Charro”. Según este académico, como el Fonshí vivía en su casa de Don César Pereyra, se le pegó la manera de mochar las palabras en la última sílaba que se da en el idioma francés.

Como se sabe, en su casa de Don César Pereyra, como en otras casas pitucas de Celendín, se las daban de hablar en francés, en esos tiempos idos cuando el epicentro cultural del mundo era París y el francés ocupaba un lugar más prominente que el inglés entre la gente que se las daba de tener sangre azul en cualquier rangra.

Esta explicación no quiere decir que el Fonshí haya sabido jamás en su vida una sola palabra en francés, sino que en ese entorno escuchó a los “franchutes” shilicos mochando las palabras del español en plan de chiste. Y la modalidad se le pegó de por vida.

Mi mamá no se cansaba de advertirme que no le provoque al Lagañoso, porque si me lograra agarrar, el Lagaño podría destriparme vivo. “Trátalo con todo respé”, me decía, “porque si no es tu prí, tu tío hay serrr, porque Chávez squés.”

* * *

Todas las tardes bajaba el Fonshí de su cuarto que tenía en su casa de Doña Grimanesa (la madre de Don César Pereyra) a su cuarto que tenía en su casa de Doña Sabina, pasando por su tienda de Don Dámaso Carrión, saludándole provocadoramente: “¡Ayayayyy el viejo Dá Pugavé!” (“puga verde” dizqué).

Don Dámaso se caracterizaba por su nobleza de alma y su tranquilidad a toda prueba. Su circunspección nunca era alterada, ni siquiera por la conducta atrevida de los borrachos que frecuentaban su tienda en busca de trago. Pero el paso del Lagañoso, cuesta abajo, le hacía hervir su sangre.

Me acuerdo que Don Dámaso tenía junto a la puerta de su tienda una ruma de sogas de cabuya, trenzadas y amarradas unas con otras para que no fueran desapareciendo una tras una mientras él hacía su siesta sentado en su silla, detrás de su puerta.

Cuántas veces habrá intentado el Lagañoso robarle una soga, porque las necesitaba para cargar los bultos de la agencia y para darles su maja a los muchachos mataperros que se ensañaban con él. Pero estoy seguro que Don Dámaso. . . ¡jamás le habrá permitido tal hazaña!

* * *

Lo que más le enfurecía al Lagañoso, contrario a todo el mundo, era que le aplaudiesen. Eso hacía todo el mundo cuando él pasaba cerca.

Lo hacían las mujeres detrás de sus puertas, estirando sus brazos hacia la calle y volviéndolos a meter para no ser vistas.

Hacían eso los chicos pequeños, y apretaban la carrera para desaparecer tras de la esquina.

Pero los colegiales del Colegio “Javier Prado” no le tenían miedo ni se corrían de él. Al contrario, él les tenía miedo a ellos, sobre todo a los más grandecitos.

Ellos se apostaban en las esquinas y lo aplaudían cuando él pasaba. Y cuando él se acercaba por allí para inspeccionar lo que pasaba, ellos no se movían de su sitio. Se hacían los que miraban en otra dirección, como si no se percataran de su presencia. Alguno de ellos se hacía el que se sorprendía al verlo y le decía:

—¿Qué tal, Fonshito? Hace tiempo que no se te veía por aquí. . .

* * *

Según el antropólogo shilico, Dr. Jorge Antonio Chávez Silva el “Charro”, lo de los aplausos también tiene su explicación.

Todo sique empezó cierta mañana en las Fiestas Patrias, cuando se llevaba a cabo una maratón Sucre-Celendín.

Desde el momento en que los maratonistas se hicieron visibles en Bellavista, una aldea cercana a la ciudad de Celendín, los altavoces en la Plaza de Armas fueron monitoreando su avance gradual: Su llegada a la Feliciano, su entrada a la ciudad por el Tope, su descenso a la Plaza de Armas por la calle de El Comercio. La meta estaba en la Plaza de Armas, justo frente a la tienda de Don Dámaso Carrión.

Pero el ambiente estaba muerto. El Sorochuquí, el Panamá, el Mí y el Coné eran los únicos que es esforzaban en animar esas maratones. Pero aquella mañana se formó una comisión para contratarlo al Lagañó para animar la fiesta.

Le dieron un shorr de color colorá, y una camiseta de la “U”, a falta de una de la “Alianza”. Las zapatillas nunca le hubieran entrado, de modo que se podía prescindir de ellas. Según el contrato, el shorr y la camiseta eran para él. Además, recibiría por adelantado un mate lleno de soles y otro mate lleno de soles en el momento de llegar a la meta.

* * *

Lo que el Lagañoso tenía que hacer era correr sin esfuerzo desde el Tope hasta la Plaza de Armas, mientras se anunciaba en los altoparlantes que el primer maratonista acababa de ingresar a la ciudad. Esto sique se hizo cuando recién los maratonistas habrían estado partiendo de Sucre.

Se anunció que el primer maratonista en hacerse visible, y que desde ya se lo consideraba el posible campeón, era el Anfonso Chávez. Todo el mundo en la Plaza de Armas se preguntaba quién diablos sería el tal Anfonso Chávez, hasta que apareció el Lagañó, rodeado de una horda de chiquillos que lo animaban y le aplaudían y le hacían vivas.

Los parlantes anunciaban su avance y su paso por el Hotel Amazonas, por la Farmacia “Chávez”, por su casa de Don Encarnación Sánchez, por la Iglesia de la Purísima, por la Caja de Depósitos y Consignaciones, por su tienda del Gringo Arrué, por su Hotel del Coche Morera, por su tienda de Don Porfirio Díaz, por su tienda del Chocho, por la Misión Evangélica, por su casa de Don Sebastián Horna, por el Reloj Público, por su tienda del Isique y de Don Diego Boza, y finalmente, cerca a su tienda de Don Dámaso Carrión.

* * *

¡Todo salió como se esperaba! ¡Quién para que se imagine que el Lagañoso había corrido desde Sucre, con sus patas de pan shimbáu!

Las mujeres lo aplaudían desde sus balcones. Los muchachos le daban palmaditas en su espalda para animarlo; justamente esos que estaban en su lista negra. Otros le hacían beber a lo largo de su carrera de una botella de Synalco.

Por primera vez en mi vida, yo mismo me animé a acercarme a él y a tocarlo, y a decirle cuánto le admiraba. ¡El Fonshí era la vedette, la estrella del momento en todo Celendín!

Cuando pasó frente a la pila de agua y el “Pino Que Habla” (el pino que plantó mi abuelo, el Capitán), el Miguelino soltó sus baldes rebosando de agua y se rió: “¡Ujúuu!”

Al llegar a la meta, por más vueltas que daba alrededor de los organizadores reclamando su otro mate de soles, lo único que recibió fue. . . ¡APLAUSOS!

* * *

El Lagañó se quiso desquitar en particular en una persona inocente como Don Dámaso Carrión, y antes de bajar a su cuarto, en su casa de Doña Sabina, se acercó a su tienda de Don Dámaso para insultarle: “¡Viejo Dá Pugavé!”

Pero ese día Don Dámaso tenía desatada una de las sogas de cabuya que exhibía en la puerta de su tienda, y tomándola de un extremo, lanzó el otro extremo hacia las patas del Lagañó, enredándolas y haciendo que perdiese el equilibrio y chocase contra la pared del mercado municipal.

El Lagañoso se asustó al verle a Don Dámaso con la soga en su mano, y en medio de los aplausos del público, se fue corriendo cuesta abajo a refugiarse en su casa de Doña Sabina. En todo su recorrido de casi una cuadra, los mocosos le acompañaron haciéndole escuchar sus aplausos.

Por eso squé le hervía la sangre cuando de allí en adelante le aplaudían.

* * *

Otra de riple: Si el Fonshí se acercaba a ti para asustarte o darte un mal golpe, la manera de neutralizarlo era mostrándole una guatopa o una aguja. Por eso la gente precavida, que no falta en Celendín, tenía una aguja o un alfiler en su solapa.

El antropólogo shilico, Dr. Jorge A. Chávez Silva explica que su pánico a la aguja se originó cuando se enfermó y tuvieron que ponerle, por primera vez en su vida, una inyección, después de haberlo maniatado, porque si no, no se deja. Era de escucharle al pobre Fonshi gritar; parecía que en su casa de Doña Sabina estaban matando coche.

Dicen que quien se comedió a ponerle la inyección era una viejita que había trabajado en el Hospital de Don Augusto Gil, y que tras meterle la aguja, le empezó squé “a bailar su mano”, ocasionándole gran dolor.

* * *

Al Lagañoso también le encantaba asustar y molestar a las mujeres, para reírse con ganas de su susto.

Cierto día estaba molestando a mi prima Chela, sin imaginarse que ella ya le había perdido el miedo cuandázo nomá.

El la paraba mirando de reojo e inquietándole a la vista de todos los que pasaban:

—¡Añañau! ¿Vamos al río? —Según el antropólogo cultural Jorge A. Silva Chávez El Charro, eso del río también tiene su explicación—.

Al comienzo la muchacha se ruborizaba, porque las muchachas que se van al río a la hora de la oración no es para orar. Por eso mi prima Chela decidió de una vez por todas poner fin al atrevimiento de este zonzo, y sorpresivamente, sin darle ocasión de correr, se prendió fuertemente de su antebrazo, y haciéndolo caminar apurado le dijo:

—¡Sí, Fonshito, vamos pué!

En su desesperación él trato en vano de soltarse, pero ella le dijo:

—¡Ya pues Fonshito, no te amaricones!

La gente empezó a juntarse y para el colmo de los males algunos empezaron a aplaudir.

* * *

A menudo el Fonshi se propasaba y era demasiado malandrín con los que no se podían defender. Y todas las amarguras que le ocasionaban los chicos malos, se las descargaba abusando del pobre Miguelino, el único en todo Celendín que no podía correrle ni correrse de él, a causa de su nobleza de espíritu y la conformación de sus tobillos.

Por fin el Lagaño se escapó de las manos de la Chela, y seguro habría descargado su frustración con un cocacho bien propinado a la coronilla del mudo Miguelino, si no fuera que en la escena apareció su ángel protector: El Loco Israel.

EL LOCO ISRAEL

Yo nunca llegué a saber de dónde diablos habría salido el loco Israel.

Algunos dicen que era de Molinopampa, aunque todas las evidencias indican que vino de la jalca, pues todo el tiempo paraba silbando y tarareando la misma tonada:

*¡Vicuñita de la jalca,
con tu culo carca carca!*

Yo no sé por qué le decían “loco”; jamás me pareció que lo fuera.

Como cualquier otro estanciero de Celendín, él andaba forrado con su poncho de color chicha de jora, el cual tiraba con agilidad hacia atrás, por encima de su hombro, cada vez que quería mostrarse servicial. Era limpio, abstemio y seguro de sí mismo.

Era relativamente joven, simpático, y tenía una barba negra poblada. Era generoso y creo que se integró al trío Miguelino-Lagañoso-Israel porque era consciente de que alguien tendría que protegerlo al pobre Miguelino de los cocachos que le propinaba el Lagañoso, y pensó como Don Miguel de Unamuno: “Alguien tiene que hacerlo; ¿por qué no he de ser yo?”

La aparición del Loco Israel en Celendín se convirtió en una constante pesadilla para el Lagañoso, porque si el Loco Israel le veía dándole un cocacho al Miguelino, él se acercaba a él, sin tenerle ningún miedo y ninguna consideración, y le propinaba un cocacho a él, con efecto intensificado. El Loco Israel fue el único que logró neutralizar la

perversidad innata del Lagañoso, que de este modo quedaba convertido en un ave de rapiña a la cual le han cortado las alas y el pico.

* * *

El Loco Israel le ayudaba al Miguelino llevando sus baldes llenos de agua una cuadra entera.

Como lo hacía con pasos grandes y ágiles, el Miguelino caminaba a su lado al trote, con paso de polca. Para ir a la par de su Angel Protector, el Miguelino tenía que multiplicar el número de sus pasitos. Así iba él, sintiéndose sin duda el ser más feliz del mundo, porque un hombre fuerte y bien formado se mostraba como su protector y su amigo.

El Loco Israel también ayudaba a las mujeres desvalidas, especialmente a las viejitas, llevándoles sus canastas o sus costalillos del mercado a sus casas.

A mi madre la quería mucho y la llamaba “Doña Ésterrr”. Cuando ella se iba al mercado en el patio de la Municipalidad, él merodeaba detrás de ella para ayudarla con el peso del costal de papas, y al final se negaba a cobrar por sus servicios.

Mi madre le insistía, diciéndole:

—¿Cuánto te debo, Israelito?

El le responde:

—No es nada, Doña Ésterrr. No se preocúpeste.

Mi madre le insiste, y él responde:

—¡Démeste un platazo de verde, y a la mierda!

Se refería al verde de paico, o de chamcas (o muña), o de ruda, o de perejil, con cubitos de papa y huevos estrellados.

* * *

Un día, sin que nadie en Celendín se diera cuenta, desapareció de la escena el Mudo Miguelino, porque mis padres lo llevaron al Asilo de Ancianos en Cajamarca. Eso fue cuando nos trasladamos a la Capital, y no hubo con quien dejarlo encargado en Celendín.

Nadie se habrá puesto a pensar cómo lo habrá echado de menos el Loco Israel. Quizás a nadie se le habría ocurrido explicarle lo que había ocurrido.

Después de un tiempo desapareció también el Loco Israel, y su ausencia se hizo sentir. ¿Qué le habrá ocurrido al Loco Israel? —se preguntaba la gente—. Nunca nadie se pudo imaginar cómo desapareció. He escuchado que se convirtió en adventista, pero eso no explica el hecho de que desapareciera por completo.

Después de un tiempo, también el Fonshi pasó a la presencia del Señor, lo cual conmovió a chicos y grandes. El Paco Tavera estuvo entre las personalidades que se turnaron para cargar su ataúd. El fue bajado a la tumba en medio de sollozos y discursos.

El Fonshi fue un verdadero ejemplo de constancia y de trabajo para todos en Celendín.

Pero el Trío Dinámico se dinamiza cada día en nuestra memoria.

6 APRETANDO LA CARRERA

El primer misionero que llevara a Celendín el evangelio en su versión escocesa, y más exactamente, presbiteriana, se llamo Calvin Mackay.

Su apellido, Mackay, es muy frecuente en Escocia, como entre nosotros es el apellido Chávez.

A partir de ese gringuito, a los adherentes de la Misión Evangélica Presbiteriana en Celendín se les llama “macayes”. Y se quiera o no, los macayes han llegado a formar parte importante del folklore de Celendín.

Cuando yo era pequeño, la historia de Calvin Mackay era historia pasada. En los días de mi infancia llegaron a Celendín los esposos MacRae (pronúciase: Makréi) con sus pequeños hijos, Donald, Malcom y Cristina, una niña tan pequeña y menuda que no logró penetrar en mis fantasías.

De tiempo en tiempo nos visitaba, proveniente de Cajamarca, la Srta. Sara MacDougal, quien era de veras reverenciada en la población de todo el departamento por sus obras de beneficencia.

* * *

Mi madre daba la bienvenida a estas gentes hermosas, tan diferentes en su aspecto, pero con un corazón tan tierno y una sonrisa sana.

En nuestra casa se les invitaba a comer lo que mi madre preparaba como si se tratase de la llegada de la familia del rey. En medio nuestro, ellos se sentían en casa; esto me hacía muy feliz a mí, porque además podía jugar con los gringuitos de manera privilegiada en medio de todos los niños de Celendín.

A la hora del almuerzo mi mamá me mandaba a llamarlos para comer, y ellos bajaban a mi casa risueños, atravesando la plaza de armas en diagonal.

Cuando ellos entraban en mi casa, algunos vecinos nos miraban de reojo. Nos sentíamos muy importantes de que estos seres provenientes de otro planeta más evolucionado nos tuvieran como sus amigos, sus chocheras.

Para mí, ellos eran nuestros huéspedes llegados de un mundo raro y me sentía dichoso de que en mi casa hallasen un cálido hogar.

* * *

Mi padre se mantenía algo distante y reservado, sin que eso hiciera que dejase de estar presente en la mesa en la hora del banquete, añadiendo a la escena una atmósfera de dignidad.

Los esposos MacRae pusieron a sus dos hijos en mi Escuela N° 81, donde mi papá era maestro. Donald estaba en segundo año, y Malcom en primero, justamente en mi salón y con mi papá como nuestro profesor. Mi padre entonces añadió a los cuadros que estaban

colgados sobre la pared, y al lado del mapa del Perú, un mapa de Escocia con su nombre, ESCOCIA, para que el niño Malcom MacRae se sintiese en casa en Celendín.

* * *

Sin embargo, entre la gente en general, el apelativo “macay” era un horripilante insulto. Por eso, cuando unos cholitos me gritaron de cuadra a cuadra, “¡Macay! ¡Macay!, yo apreté la carrera tras ellos, hasta atrapar a uno mientras los más grandes se escabullían por entre los montones de alfalfa que estaban junto a la puerta de una tienda, gritando con voz más temblorosa, “¡Macay! ¡Macay!”

Por supuesto, no lo destripé al mocoso. Sólo le di una cariñadita rico rico, y lo solté. El se apartó muy agradecido, pero cuando apretó la carrera, se desapareció gritándome: “¡Macay! Macay!”

* * *

Cierta vez, ya hombre maduro, le conté en Lima esta experiencia infantil al Director del Colegio San Andrés, un importante centro educativo fundado por misioneros escoceses, es decir, por macayes. Esto tuvo lugar en una circunstancia improvisada cuando nos deleitábamos contando anécdotas del Colegio.

Y le dije:

—En esos días, si yo lo lograba agarrar a algún mocoso que me gritaba Mackay, ¡yo lo destripaba vivo!

El Sr. Mackay empezó a reírse a carcajadas, sin poderse contener. Parecía que le hubieran dado cuerda. El hombre se destripaba de risa, y no se podía calmar. En cuanto a mí, se me fue la risa por completo, y medio que me preocupé. Entonces lo puyé en su hombro y le dije:

—¿De qué se ríe tanto?

Y respondió, atragantándose a causa de la risa:

—De que. . . ¡ja! ¡ja! ¡ja! Si a mí. . . ¡ja! ¡ja! ¡ja! Si a mí me hubieran dicho CHAVEZ, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡¡¡Yo habría hecho lo mismo que tú!!!

En ese preciso momento me di cuenta que él se llamaba William MACKAY.

Me dio mucho gusto verle reír con tantas ganas.

* * *

Mi recordado padre que fue mi maestro a lo largo de toda la primaria en la Escuela N° 81 de Celendín tenía la mala costumbre de meterme a mí en el programa festivo de todas las actuaciones escolares como las Fiestas Patrias o el Día de la Madre. No había actuación para la que yo no fuera obligado a aprender una poesía de memoria para recitarla en el proscenio, cosa que para ser honesto, me repugnaba.

No sólo que la memorización y los repetidos ensayos en la escuela y en la casa reducían mi tiempo de juego y diversión, sino que encima de todo se sumaba el nerviosismo de estar frente a todo el público, y tener que terminar con una asquerosa venia, hundiendo la barriga y sacando el culo para atrás.

Hasta los aplausos del público me daban asco. Por eso yo hacía cuanto estuviese a mi alcance para escapar de la escena lo más pronto posible y apretar la carrera lejos de allí.

* * *

En el Día de la Madre, y teniendo en perspectiva la próxima actuación escolar en que seguro me haría recitar, me propuse “curarlo” a mi padre, para que nunca más me obligara a recitar poesías en público o en privado.

Yo no recité la poesía que él me hizo memorizar. Para su sorpresa, resulté recitando otra poesía, muy corta, que dice así:

*Mamacita querida,
yo te quiero abrazar,
porque hoy es el día
¡Día de la Mamá!*

Esta es una poesía infantil hartamente conocida, pero en la última línea yo simulé equivocarme y dije:

*Mamacita querida,
yo te quiero abrazar,
porque hoy es el día
¡día de mi papá!*

El chiste me salió genial porque simulando vergüenza ni siquiera hice la venia de rigor, sino que me aventé del proscenio encima de los niños y después de afirmar mis pies en el suelo, apreté la carrera en medio de las carcajadas del público que se deleitaba de verdad.

Pero en la próxima actuación de nuevo volvería a recitar.

* * *

Cierto día me encontraba bajando por la calle de El Comercio y llegué a la altura de su tienda de Don Porfirio Díaz. Y más abajo, en su esquina de Don César Chocho se produjo una reyerta. Era una pelea de muchachos que pronto atrajo a un numeroso público, incluso personas mayores y respetables. Yo me apresuré para ver qué ocurría.

Empezaron con mutuos insultos y amenazas. Los muchachos más grandes hacían partido y empujaban a los más pequeños para que uno agrediese al otro.

Le decían a uno:

—¡Masque tócale las barbas! ¡Tócale las barbas!

Por cierto, un niño de doce años no tenía barbas, pero si su contrincante le acariciaba la cara (que equivalía a tocarle las barbas), eso era considerado la mayor de todas las ofensas. Eso no tenía perdón y daba comienzo a una agresión en serio.

* * *

De la tocada de las barbas pasaron a los empujones, cada vez más violentos, hasta que uno de ellos pensó que su contrincante se había excedido, por lo que se arremangó para pasar a los puños.

Su contrincante le dijo:

—¡Te haces el macho sólo porque estás con tu palito!

Yo estaba cerca de él, aguantando los empujones de los mirones que estaban detrás de mí, cuando el del palito me pidió que tomase por un momento su palito, para que vea cómo le saca la chochoca al otro.

Yo me comedí a sostenerle un momento su palito. Pero de repente no hubo más pelea, porque los contrincantes empezaron a abrazarse y a apretar la carrera cuesta abajo, lejos del tumulto.

Sin darme cuenta de lo que ocurría le grito:

—¡Oye! ¡Tu palito!

* * *

¡Qué palito ni qué palito! Algo pegajoso lo había pegado a mi mano.

Cuando acerqué mi mano a mi nariz rompieron todos en carcajada y ellos también apretaron la carrera cuesta abajo.

Pocos eran los incautos que no sabían de qué se trataba. La mayoría habían tramado juntos jugarle esta broma a quien fuese, y esa noche la víctima fui yo.

Aventé lejos el palito, que estaba embadurnado con caga viva, y pensé que era algo muy ingenioso, digno de ser imitado en alguna otra ocasión con algún otro niño comedido.

Un tiempo después me enteré que ese juego era harto conocido en Celendín, y que se llama “el palito de oro”.

* * *

Una noche fui sorprendido por dos chicos malos en la Plaza de Armas, que me contaron, presas de asombro que el Nelo había aprendido a hipnotizar y que había adquirido indiscutibles poderes sobre los demás, chicos y grandes.

Yo les respondí:

—¡Quiay serrrr!

Insistieron ambos diciendo:

—Es verdad. El lo ha hipnotizado al Pepe, al Lucho, e inclusive lo ha logrado hipnotizar al maestro Pepe Bazán.

En eso el Nelo se aparece por allí cerca, bajando en dirección de su casa y silbando como un zorzal, como si ignorara que estábamos hablando de él.

Los chicos, que en realidad eran sus compinches, le llaman con insistencia, y el Nelo se acerca a nosotros.

Yo lo miro asombrado, de pies a cabeza, y en mis adentros digo: “¡Quiay serrrr!”

* * *

Los chicos le ruegan al Nelo que nos haga una demostración, y el Nelo se hace de rogar, prefiriendo seguir su camino con prisa, dándose aires de muchacho mayor e importante, que no se junta con mocosos.

Entonces caigo en la trampa y le digo:

—¿Verdad que sabes hipnotizar?

Cómo restándole importancia al asunto, responde:

—¿Hipnotizar? Pues a lo mejor, quién sabe, puede ser. . .

Sus compinches me piden:

—¡Masque ruégale que nos dé una demostración! ¡Sólo una demostracioncita!

* * *

Yo estoy seguro que a mí nadie me podrá hipnotizar. Desde pequeño he sido fuerte de personalidad, y en las competencias de quién mira más a los ojos sin pestañear y sin lagrimear, yo siempre ganaba. ¿Qué me podría hacer a mí el Nelo?

Le pido, le ruego, y el Nelo se hace de rogar.

Por fin accede, y sus compinches acercan sus caras a la de él y abren sus ojazos llenos de asombro.

El Nelo me agarra la cara, como poniéndola en la posesión adecuada, lo cual hace con suma suavidad, y de este modo me da confianza.

Luego abre violentamente sus ojos, grandes como de tuco, mirando fijamente a los míos, mientras aparta lentamente sus manos de mi cara.

Sus compinches presencian el ritual asombrados, con los ojos desorbitados.

* * *

Entonces el Nelo, siempre mirándome con los ojos bien abiertos e insistiendo en que yo mirara a los suyos de la misma manera, me dice:

—En el nombre de Mahoma. . .

Sus compinches parecen orinarse de asombro, y acercan sus caras a la mía para mirar si realmente soy difícil de hipnotizar.

El Nelo continúa diciendo:

—Y del Papa de Roma. . .

Me mira más de cerca, y continúa levantando la voz:

—¡Yo te hipnotizo!

Sus compinches se desesperan. Se ponen inquietos. Y el Nelo, mirándome sin pestañear concluye diciendo:

—¡¡Toma en tu majoma!!!

Y simultáneamente me da una sonora cachetada, con toda su alma, haciéndome ver estrellas y dejando mis oídos zumbando.

* * *

Cuando vuelvo en sí y me doy cuenta de la broma, el Nelo y sus compinches han apretado la carrera y se han esfumado de la escena. Y desde lejos se escucha su risa.

Realmente me hizo ver estrellas. No pasaría mucho tiempo hasta que yo me desquitara con otro niño más pequeño que yo. Mi víctima fue el Wili, su hijo de mi prima Benja y de Don Humberto Merino Dopecheco (Pedo de Coche). A él lo hiptonicé y le hice ver estrellas diciéndole:

*En el nombre de Mahoma
y del Papa de Roma,
¡yo te hipnotizo!
¡¡toma en tu majoma!!!*

* * *

Cuando mi sobrina Chabela empezó a sentir el encanto de sus tiernos pechos y a anhelar ponerse a escondidas esa prenda que con justicia se llama “sostén”, su madre, mi prima Bertha, repetía con justicia sus palabras mentirosas: “¡Eso, yo, siquiera, no me lo pongo!”

Entonces yo escribí para ella un hermoso poema que dice:

*Quieras o no quieras,
¡te luas de ponerrrrrr,
pues si no te lo pones,
¡no podrás correrrrrrr!*

Hay un tiempo en la vida en que todo consiste en apretar la carrera. Así como para mover mundos sin moverse de su sitio, hay que ser viejos; y para ir a la guerra o casarse hay que ser jóvenes, para apretar la carrera hay que ser niños o adolescentes.

Sólo las chinas, las muchachas adolescentes, apretan la carrera meneando sus trenzas de un lado para otro de modo tan sensual. Las más grandecitas se dejan alcanzar, y las más más grandecitas se dejan agarrar.

7
**EL PICO DEL
 PAJARO DIOSTIDÉ**

Poco antes de que terminara el año escolar llegó a Celendín un chuncho que se había dejado crecer el cabello de una manera descomunal, y lo tenía añudado hacia atrás con un guato.

Soltarse el cabello ante el público, y escobillararlo con un enorme peine mugroso de madera era parte de su show, aparte de su temeraria apariencia salvaje.

El se ufanaba de victorias sangrientas en la selva contra los enemigos de su tribu, y de muchas cabezas cortadas y reducidas. También lograba asustar a la gente al mostrar sus horribles heridas cicatrizadas.

Pero aunque parecía un rudo salvaje de la Amazonía, su manera de hablar lo delataba. No era un chuncho salvaje, sino un serrano cualquiera del sur del Perú donde predomina la fonética y la sintaxis del quechua y confunden la “e” con la “i” y la “i” con la “e”.

Como por Celendín no existe población de habla quechua, también su manera de hablar era parte de su espectáculo.

* * *

Aquel hombre, a quien la gente de Celendín llamaba “chuncho”, vino en turno para ocupar el ruedo de gente en la Plaza de Armas en las inmediaciones de la pila de agua que era el ágora de todos los invencioneros que llegaban a nuestra ciudad. Y aunque repetidas veces anunciaba que iba a sacar su culebra. . . ¡Culebra, tutías!

Parecía olvidarse de su promesa, y la gente permanecía en el ruedo, alrededor de él, casualmente a la espera de que les mostrara su asqueroso animal.

Todo lo demás que tenía en su talega no llamaba para nada la atención, salvo algo que parecía un enorme pico de ave, que el chuncho llamaba “el pico del pájaro diostidé”.

* * *

Ninguna ave conocida en los Andes del norte del Perú tenía un pico tan grande como ese que trajo aquel hombre. La gente se asombraba al ver su tamaño descomunal, y uno se imaginaba que un pájaro con un pico de ese tamaño, pues tendría unos dos metros de altura, por lo menos.

Con el transcurso del tiempo conocí al tucán, que en la región amazónica llaman “pinsha”. Así llegué a saber que aquel pico era de tucán, que no era un pájaro tan grande que digamos, porque pertenece a la familia de los loros, y que no existía el tal pájaro “diostidé”.

Pero haciendo un pequeño esfuerzo mental y escuchándole con atención al indígena clínudo uno se percataba de que quería presentar aquel pico de ave como algo milagroso

que hacía que el que lo tuviese recibiese cualquier cosa que le pidiese a Dios. No era, pues, “diostidé”, sino “Dios te dé” o “Dios te lo conceda”.

* * *

Lo que hacía con ese pico era rasparlo con una lija ante la vista del público, para extraer un polvillo menudo. En un extremo del pico se podía ver las huellas de un intenso lijado, lo que indicaba que para el chuncho aquella actividad era su continua manera de ganarse la vida y de que no faltaba gente que se dejase embaucar.

Decía que si se tomaba una infusión hervida del polvito del pico de aquel pájaro misterioso, y simultáneamente se expresaba una petición a Dios, Dios te concedía lo que pidieses.

El show iba acompañado de testimonios personales respecto de su efectividad, y eso es lo que movía a los estancieros, y hasta a la gente de la ciudad a abrir su boca y a comprar unos pocos gramos de ese polvito envuelto en pequeños retazos de papel.

Después de todo, costaba tan poquito. . .

* * *

En realidad, pocos incautos le creerían, y en Celendín su negocio debe haber sido un fracaso.

Parece que también probó suerte en las aldeas cercanas a Celendín. Lo cierto es que el jueves se apareció de nuevo en la Plaza de Armas de la ciudad, pero sin su pico a cuestas. Y los mocosos que estuvieron mirándole el domingo le gritaban:

—¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé!

Y apretaban la carrera mientras el chuncho se quedaba airado sin saber a cuál mocosos perseguir.

Mientras él permanecía indeciso, los mocosos ya habían dado la vuelta a la esquina de la Beneficencia, o se perdían de vista en dirección de la Cárcel y el Río Chico.

* * *

El viernes por la mañana, mi hermano Lázaro se dirigía a la Escuela N° 81, bien shactado y con cuatro merucas para el recreo: Dos panes de agua visibles en los bolsillos de atrás, más dos merucas de manteca en su seno. Según todos los cálculos y pronósticos, también este día llegaría tarde a la escuela.

El subía por la Plaza de Armas hacia la esquina de Don Manuel Sacramento, cuando vio al chuncho abriendo su boca frente a la Iglesia Matriz, entonces se le ocurrió gritarle como en el día anterior:

—¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé! ¡Pico de pájaro diostidé!

El hombre se enfureció como un demonio. Y al ver sus ojos llenos de ira, mi hermano apretó la carrera cuesta arriba, hacia el Jirón Ayacucho.

Le faltaba el aliento cuando se volteó atrás para mirar, y vio que el chuncho le seguía.

El dio la vuelta a la esquina y siguió corriendo hacia arriba. Y cuando se dio la vuelta para mirar, vio que el chuncho no había desistido de correr tras él, antes la distancia se achicaba.

Corrió cinco cuabras hacia arriba, en dirección de La Alameda, pensando que el único lugar donde quedaría a salvo era su Escuela N° 81, si es que todavía estaba abierta.

El chuncho le seguía y faltaba poco para que lo alcanzara, cuando por la gracia de Dios mi hermano encontró que recién estaban cerrando la portada de la Escuela.

Cuando se abrió camino y entró despavorido, le sorprendieron los aplausos, porque por primera vez en su vida llegó temprano al plantel.

* * *

El rostro del chuncho clinudo no se borró de su mente toda aquella mañana y en los días siguientes. Tenía gran temor, a la hora de la salida, por lo cual, por primera vez en su vida también fue el último en salir de la escuela.

Pero el “Pico del Pájaro Diostidé” desapareció para siempre de Celendín y de su vida.

La Mama Lila se ríe y comenta:

—Eso puabrá sido antes de que al pobre muchacho lo güicapearan de la Escuela N° 81 a la Escuela N° 85 Potrosos. . .

8 UN TRIUNFO DEPORTIVO

En aquella ocasión mi hermana Elvira visitó a mi familia en Lima, después de varios años de residencia en Italia. Mi hermano Walter llegó de Venezuela, y yo llegué de Bolivia. Son muy anhelados estos reencuentros familiares, y en casa se vive un ambiente de festividad.

Nuestras mujeres preparan deliciosos platos shilicos como humintas, juanes, puspumote, papaseca con palta, etc., mientras los hombres las entretienen contándoles las anécdotas y chismes de actualidad.

En la cocina, Elvira conversa con Elena mientras preparan algo rico para la cena; huele a seco de culantro. Y yo me encuentro en la sala jugando con mi laptop, escribiendo algunas cuantas sonseras para matar el tiempo. Entonces le escucho a Elvira que le pregunta a Elena, un tanto preocupada, aunque sin esperar respuesta, porque Elena no oye bien:

—¿Dónde estarán con ese carro?

Y caminando hacia mí me dice con tono de súplica:

—Masque te fueras siquiera a ayudarles. . .

Le pregunto:

—¿Ayudarles qué? ¿A quiénes?

—Al Clemente, al Walter y al Iván.

* * *

Me dice que su esposo Clemente, su hijo Iván y nuestro hermano Walter están teniendo problemas con el auto y que se encuentran cerca de la Comisaría de Sol de Oro. Cuando me habla me da la impresión de que se ha vuelto clarividente y que puede ver el auto en problemas desde la cocina. E imaginando algún problema con el auto nuevo de Clemente, le pregunto:

—¿Y qué problemas puede tener ese carro?

Me responde:

—Luan votáu de la cochera.

Le pregunto:

—¿Cómo que luan votáu de la cochera? ¿Acaso el Clemente no paga para tener su auto allí? ¿Y cómo puede alguien poner en el calle, sin previo aviso un carro de lujo, nuevo de paquete con riesgo de que lo roben?

Responde:

—Es que nues su carro del Clemente, ni es la misma cochera. Es otro carro; es su propiedad de mi Iván.

* * *

Mi sobrino Iván se encontraba cursando el último año de medicina, y me sorprende gratamente al enterarme de que ya tuviese auto propio, siendo un mocoso menor de edad. Y le digo lleno de sorpresa:

—¡Vaya! Yo no sabía que el Iván tenía su propio carro. ¡Felicitaciones al muchacho!

Elvira continúa implorando:

—Masque te fueras siquiera a ayudarles a empujar. . .

Respondo:

—¿No dices que está afuerita de la cochera? Ya lo habrán metido pues, y en adelante tendrán que pagar puntualmente si no quieren que lo boten de nuevo.

Ella continúa:

—Es que no está en la puerta de la cochera. ¡Luan botáu lejazos! Squé por la Comisaría de Sol de Oro.

Yo no salgo de mi asombro e insisto en preguntar:

—¿Y cómo es que lo han llevado para botarlo justamente en la puerta de la Comisaría?

* * *

En eso interrumpe mi hermana Elena, admirada que lo hayan botado a un carro que ha costado tanta plata, y dice:

—¡Y ese carro le ha costado 500 dólares al Iván!

Haciéndome el desentendido me aparto de allí riéndome y diciendo:

—¡Yo no voy a estar empujando un carro de 500 dólares!

En eso interrumpe la Pilar Ticono, nuestra doméstica fantástica, y dice con un ataque de carcajada:

—No le ha costado 500 dólares. Sólo le ha costado 200 dólares. . .

Yo les digo:

—¡Peor! Yo no voy a gastar mis fuerzas empujando ese carro. ¡Que lo empujen su dueño, su papá y su tío Walter! Yo no estoy para eso.

* * *

Mi hermana Elvira me implora, lastimeramente:

—Masque te fueras siquiera a ayudarles a empujar. . .

Yo le digo:

—Con razón luan botáu de la cochera. ¡Cómo será, pues, un carro de 200 dólares!

Y Elvira responde:

—Sí. . . pues. . . Si ni ruedas tiene. Es que el Iván lo ha comprado como a un reto, para ver qué saca de ese carro, que en sus buenos tiempos fue. . . ¡un Triumph Deportivo!

* * *

Cuando yo aparento apartarme de la escena le escucho a mi pobre hermana Elvira decirle a Elena en alta voz, porque no oye bien:

—¡¡Ese carro es su chochera y la fuente de su inspiración!!! ¡¡Hasta sueña con eso!!!

Elena no le escucha, pero ella sigue contando:

—Anoche, entre sueños, le escuché que le contaba a su papá, con profunda preocupación y tristeza: “Papá, anoche, cuando volvía del hospital se me ocurrió bajar en el SENATI y pasé por la Comisaría de Sol de Oro. ¿Y sabes qué vi? Justo frente al SENATI, en esa curvita de la Iglesia “El Buen Pastor”, vi un Triumph Deportivo igualito al mío. Me acerqué a mirarlo con curiosidad y admiración, ¿y sabes qué vi? ¡Vi que ese carro era el mío! Por favor, papá, mañana ayúdame a remolcarlo de nuevo a su cochera. . . Anda, pues, no seas malo. . .”

Elena no le escucha para nada, pero yo me jaraneo con la historia, escuchando en silencio detrasito de la puerta.

Elvira sigue contando:

—Su papá le preguntó: ¿Y cómo, pues, lo vamos a remolcar si ni ruedas tiene?” Y él le respondió: “Yo me voy a ingeniar para sacarle sus ruedas a su carro de mi tío Juan, y poniéndole esas ruedas vamos a poder empujar el mío. . .”

* * *

En eso aparezco riéndome, y ella me dice:

—Te contaré, pues, que tu tío Juan está orgulloso de que el Iván posea ese carro.

Le digo:

—¡Ma! ¿Y por qué, pues?

Y responde:

—¡Para su tío Juan, ese carro del Iván es su consuelo!

Yo pregunto:

—Pero, ¿por qué? ¿Cómo así que ese carro es su “consuelo” del Juan?

Y me responde, sonriendo con picardía:

—Porque al lado de su carro del Iván, ¡el carro del Juan es una maravilla!

* * *

Admirado de que mis familiares estén ahora metidos en el negocio de los carros deportivos, me callo simulando no tener interés en la conversación, pero en realidad lo que hacía era escribir esta historia en mi laptop, haciéndoles hablar sólo para que no se me escapase ninguna de estas frasecitas de sabor shilico.

Y Elvira comenta:

—Y el auto del Iván es, pues, un auto deportivo, ¡de capota descapotable!

En eso entra corriendo el Iván para sacar una herramienta, jadeante, pero lleno de alegría. Y vuelve a salir corriendo, jadeante y risueño, sin darse tiempo para responder preguntas.

* * *

En el preciso instante en que pongo punto final a la historia del Triumph Deportivo Acaban de entrar a casa los Tres Mosqueteros, sosegados, después de lograr su cometido: El Iván estuvo en el volante de su Triumph Deportivo. El Walter lo remolcó con el carro del tío Juan. Y el papá Clemente venía atrás, haciendo de cuarta rueda y levantando el costado trasero del auto, pues sólo habían podido conseguir tres ruedas para el Triumph Deportivo.

Cuentan que cuando pasaron por la Comisaría de Sol de Oro, los tombos, el lugar de meterlos presos a los tres, de un canto, más bien se destripaban de risa y les aplaudían.

* * *

Metieron el Triumph Deportivo en la cochera, seguramente pagando extra para que no lo vayan a botar de nuevo, y prosiguieron a llevar el auto del tío Juan para meterlo en su morada eterna, en el cementerio de autos que queda en su casa de Juan Rafael, para que allí pudiera seguir descansando en paz per seculo seculorum, amén.

Luego regresaron los Tres Mosqueteros a casa, ufanos de su gran “Triunfo Deportivo”, a tiempo para recibir su platazo humeando de seco de culantro.

El Iván se acerca con su plato a la mesa donde yo estaba jugando con mi laptop e intenta “juzgar” (es decir, mirar) lo que estaba escribiendo con tanta alegría. Y al no poder disimular mi atrevimiento, le digo con una expresión de satisfacción:

—Iván, ¡ya les metí a ti y a tu Triumph Deportivo a mi libro, *Aventuras Mitológicas!*

Y responde, risueño:

—Entonces nos vas a tener que pagar regalías a los dos: ¡A mi auto y a mí!

* * *

—¿Y qué habrá sido de ese autazo deportivo?

—¿Acaso lo has visto, George Frankenstein? Cuando lo acabó de reparar era espectacular: Negro de lujo, con adornos de oro y acolchado interior de felpa de color rojo. En ese auto de lujo el Iván soñaba con dar el ruedo olímpico a la Plaza de Toros en Celendín, en medio de la multitud delirante. . .

—Pero para ello habría que llevarlo allá en avión. . .

—Sí. Lo tenía ya listo cuando tuvo que salir del Perú. Inclusive, para dar el remojo, lo llevó a la tía Elena para dar una vuelta por medio perejil.

—¿Lo tendría que vender, antes de viajar?

—¡Oh, George! Yo creo que alguien hubiera sido capaz de pagar todo lo que costó hacerlo resucitar a sus años mozos, cuando era todo un campeón de la Fórmula Uno.

—¿Lo llevaría a España? Allá viajó después de su graduación, ¿verdad?

—No sé, George. Pero de una cosa estoy convencido y plenamente seguro: Ese Triumph Deportivo es lo que inspiró esta historia que estás leyendo; y si sólo para esto hubiera servido. . . ¡sin duda que valió la pena!

9 SUEÑO Y REALIDAD

He tenido tantos sueños que ya no distingo el sueño de la realidad. He vivido tan intensamente la fantasía, que para mí la fantasía es realidad y la realidad es fantasía. Me dirás que es necesario despertar de la fantasía. . . Entonces te diré que es necesario despertar de la realidad.

Prueba de lo que digo son las siguientes anécdotas relacionadas con sueños de gloria y anhelos de realidad.

* * *

La primera anécdota se refiere a un sueño. No es un sueño que yo soñé, sino el de un amigo con quien he trabajado por muchos años, el Dr. Luis Alberto Romay que con su esposa Elizabeth, vinieron al Perú de su país, Bolivia, para dar los mejores años de sus vidas a la labor educativa en el Perú.

Hace poco le vi un tanto preocupado y me invitó a su oficina porque quería hablar conmigo sobre algo que parecía torturarlo y robarle su paz. Algo incómodo, a causa de su reserva, le pregunto:

—¿De qué se trata?

Con un extraño exceso de ansiedad me dice:

—Tome asiento, doctor. Póngase cómodo. . .

Como da vueltas al asunto me pone más tenso, y le digo:

—¿Me puedes decir, en resumen, de qué se trata?

Me dice:

—Se trata de algo un tanto trágico, pero no es para preocuparse, doctor.

—Pero, ¿de qué se trata?

Me dice:

—He tenido un sueño, doctor. . .

* * *

Su esposa está parada delante de nosotros, un tanto pálida y como a la expectativa. Pero al enterarme que se trata de un sueño me río y le digo:

—¡Ah! Es algo personal. . . ¿Y por qué no lo compartes con un cura o con algún otro consejero espiritual?

Y me echa un baldazo de agua cuando me dice:

—Es que le he soñado a usted, doctor.

A la verdad, no me interesa escuchar sueños ajenos, y menos los de un macho que me confiesa haber soñado conmigo. Que una hembra me confiese eso, sería otra cosa, pero.

* * *

Algo incomodado me dispongo a escucharle, y él vuelve a los circunloquios.

Me dice:

—No se ponga así, doctor. . .

Me pone tenso cuando cierra la puerta de su oficina y le ordena a su esposa que les diga a los estudiantes de la AMIEP que no interrumpen por unos breves momentos.

Luego se sienta y prosigue:

—Soñé que un haz de luz que provenía del cielo se hundía en el suelo. Yo me encaramé de esa luz, empecinado por trepar por ella al cielo, porque mientras más alto subía sentía algo. . . algo. . . algo realmente placentero. Me sentía realizado, doctor, muy, muy feliz. Es algo difícil de describir, doctor.

* * *

El hombre parecía experimentar cierto placer al contarme su sueño:

—Arriba había una gran esfera luminosa que yo anhelaba alcanzar y penetrar. Pero cuán difícil me era, pues me resbalaba, doctor. Y por más que me esforzaba, no lograba subir más alto por la columna de luz. En cambio, usted. . .

Al darme cuenta de que yo formaba parte de este su sueño, le interrumpo y le digo:

—¿Qué pasaba conmigo?

—Usted trepaba con mucha facilidad. Yo le miraba desde abajo, y usted subía como una espumita. Yo me sentía impotente y humillado al verle trepar tan feliz, como una lombriz. ¡Poco le faltaba para penetrar a esa luz metafísica! En cambio, yo me desesperaba, y me avergonzaba porque en mis adentros pensaba o me parecía que usted me estaba haciendo cachita. . .

* * *

Yo pensé si acaso su sueño no tendría algún mensaje profético para mí, o quizás alguna amonestación divina. En este trance, lo menos que podía hacer era escucharle con humildad, sin interrumpirle.

El prosiguió:

—Pero no, doctor. . . Más bien, usted se deslizó abajo, hasta donde yo estaba, y me dijo cariñosamente: “¡Monta sobre mis hombros! ¡Yo te ayudaré a subir!”

Le digo:

—¿Y qué pasó? ¡Seguro te montaste en mi encima y nos dimos contra el suelo los dos!

Me dice:

—Confieso, doctor, que para nada tomaba yo en serio sus palabras. Porque, ¿cómo yo, tan alto y atlético, iba a montar sobre sus hombros de usted, tan chaparrito? Disculpa, doctor, pero a tanta insistencia, acepté. Entonces. . .

—¿Entonces me volviste cachanga sobre el suelo? No te preocupes, los sueños sueños son.

—¡No, doctor! Lo admirable es que usted, conmigo sobre sus hombros, subía con la misma facilidad por aquella columna de luz. Al final. . .

* * *

De nuevo sus palabras vuelven a salir entrecortadas, lentas. Finalmente, se calla.

—Al final, ¿qué? —le digo—.

—Al final yo alcancé a entrar primero en el umbral de la esfera celestial, gracias a su empujoncito providencial.

Yo le escucho enmudecido, pensando: “Seguramente su sueño tiene conexión con lo que me dijo hace unos días: Que anhelaba que yo fuese su Asesor Académico para la escritura de su Tesis Doctoral. Y seguro quería darme a entender que aunque ya tenía acumulados excelentes materiales bibliográficos, le faltaba “el empujoncito providencial”.

El prosigue:

—Mientras usted a duras penas lograba deslizar su físico maltrecho por encima del umbral de luz, se despejó ante mí la entrada de la gloria. . .

* * *

Bueno, eso puede ocurrir. . . Pensé. Ocurre que uno es el que se afama, y otro es el que cosecha la gloria.

El continuó:

—Cuando por fin estuvimos los dos de pie ante el umbral de la gloria, se presentó ante nosotros un zambo que se las daba de San Pedro. Honestamente, no me podía caber en la cabeza que fuese San Pedro. Podría tratarse de su amo de llaves, pues las cosas pueden haber mejorado en el cielo. Pero este zambo se me hacía conocido. . . Yo lo había visto aplaudir en la esquina de su casa en La Victoria. . .

El prosiguió:

—El zambo portaba una laptop Pentium LXX, y mientras usted jadeaba y se secaba el sudor con un pedazo de nube, él me miró de pies a cabeza y preguntó por mi nombre. ¡y mi nombre apareció en la pantalla! Entonces me dijo:

*Tu nombre está escrito.
¡Eres suertudo, collera!
Por tanto, dentra nomás.
Como verás, nuay acera;
Pasa, pues, por el cantito
y por la calle de oro te vas.*

Luego le echó una mirada a usted, y dirigiéndose de nuevo a mí, me dijo:

*Pero a este tu burrito
me lo arreas para afuera,
y dentras solito nomás.*

Al principio quise que me revelara si en verdad lo soñó. Pero como se reía a carcajadas sin escucharme, no insistí más. Esa fue la última vez que alguien me tomaba del pelo.

10 LA ENCUESTA DEL SIGLO

Aunque no. . . Porque en otra ocasión estuvieron reunidos los miembros de la Junta de la Editorial Mundo Hispano en su cuartel general en El Paso, Texas. Hacia el final de su estadía, la empresa les homenajeó con un suculento banquete de despedida, al cual también invitó a todo el Equipo Editorial que venía trabajando en la producción de la Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA) de la cual este humilde servidor es el Editor Principal.

Durante el almuerzo, y en la fase de sobremesa, los ilustres visitantes compartieron con nosotros grandes sueños que con el devenir del tiempo se han convertido en realidad. Entonces, hacia el final de la cena, se puso de pie el representante de México, un joven carismático a quien tuve el placer de conocer y tratar durante su estadía en Estados Unidos. El mostraba un especial interés en nuestras actividades para la producción de la Biblia RVA.

* * *

Al margen de todo esto, él quería compartir con todos los comensales un hecho curioso y también insólito, que estimaba que había escapado de nuestra atención, dada la intensidad de nuestra labor en el Equipo Editorial.

Estas son sus palabras textuales:

—Estimados amigos, no sé si se habrán enterado de un hecho insólito y conmovedor. Me refiero a la publicitada subasta que se ha realizado la semana pasada en New York. Se ha subastado varias obras de arte de Picasso, de Van Gogh, de Matisse y de Paul Gauguin. Pero ha dado más que hablar la subasta del cerebro del genio de Albert Einstein que formulara la Teoría de la Relatividad y nos mostrara el camino a las estrellas y a las galaxias.

* * *

Todos fuimos conmovidos al ver en lo que van a parar los restos físicos de un ser humano, por glorioso que fuera en vida.

Efectivamente, yo había leído que el sabio hebreo había donado su cuerpo para la investigación científica, y fue desmenuzado por completo. También había oído que en algún lugar del mundo se había conservado su cerebro para ser estudiado por la ciencia del futuro.

Me dio pena que en este país, el país más importante del mundo, estuvieran abocados a semejantes profanaciones. En realidad, todas las subastas tienen un 99 por ciento de injusticia, porque todos ganan una millonada, menos el autor de la obra subastada, que con toda probabilidad se murió de hambre o de tuberculosis.

Sí, señor. Todas las subastas son inmorales, salvo aquellas que subastan alguno de los raros calzones de la Marilyn Monroe.

* * *

El representante de México continuó:

—¿Quisieran saber cuánto fue el monto básico fijado para el cerebro de Albert Einstein?

Todos dijeron a una:

—¡Amén! ¡Amén!

Y continuó:

—¡Cien millones de dólares!

Como habíamos estado tan ocupados con lo del lanzamiento editorial de la Biblia RVA no habíamos tenido tiempo para ver la televisión o examinar los periódicos más recientes.

El siguió informándonos:

—También se ha subastado el cerebro de nuestro amado hermano. . . ¡Moisés Chávez!

Todos se rieron de buena gana. Pero él prosiguió:

—¡Fue subastado en 200 millones de dólares!

Me sentía ufano por tan alta estima, y se me ocurrió preguntar:

—¿Y por qué mi cerebro puede valer el doble que el cerebro de Albert Einstein?

Y respondió:

—Porque está nuevito. ¡Nunca ha sido usado!

Esa fue la última vez que alguien me tomaba del pelo.

11 LA DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

Aquellos primeros días en Bolivia eran muy ajetreados.

Recientemente nos habíamos trasladado de Lima a La Paz, y el martes 17 nos trasladamos al departamento que nos había provisto la Iglesia “Dios es Amor”.

El piso inferior estaba ocupado por la familia Gutiérrez: Feli, su esposo Pascual y sus pequeños hijos: Marcos de cinco, Pablo de seis, Ruth de siete y Marlene de doce. Ellos eran “los de abajo”, como los llama la Lili para abreviar, en contraste con ella, que era “la de arriba”. Ellos eran también “la con lentes” y “los sin lentes”.

Marcos, el más pequeñito, de la edad de la Lili, tiene un notable parecido al Pachi, el perrito engreído de los 101 Dálmatas, aunque en posición de “¡firmes!” más parece un chanchito que se dispone a volar.

“Los de Abajo” llegaron a ser parte de nuestra familia. Antes no habíamos tenido vecinos tan cercanos y en un lugar de tanta seguridad como para dejarlos de su cuenta. La alegría era enorme.

* * *

En los primeros días, mientras dábamos los últimos toques al arreglo de nuestro departamento, la Lili nos ayudó a reparar el piso de parquet: ¡Cobraba dos bolivianos por cada pieza de parquet que descubría despegada! Esta lucrativa labor la mantuvo un tiempo volando bajo, al ras del suelo.

Por las tardes, todos los niños juegan con sus bicicletas y patines en el amplio patio pavimentado, y juntos con otros niños pasan las noches en el cuarto de peluches de nuestra pequeña, que ha sido condicionado para la proyección de edificantes videos de Walt Disney, como el de los 101 dálmatas y la Cruela de Vile. Otros niños se suman a su alegría, entre ellos Danny, hijo de una bellísima familia del Perú. Cierta día apareció un letrero pegado a la puerta de ese cuarto: “CINE LILI”.

Marlenita, siendo la mayor, cuida de todos con un amor tal que sólo era sobrepasado por el amor que ella siente por su perro Chocolatín.

Entonces, a nuestra pequeña Lili, de cinco años de edad, se le ocurrió celebrar nuestro traslado invitándonos generosamente a mí y a sus nuevos amiguitos del piso inferior, al Circo de los Hermanos ANSAUI. A mí sólo me invitó hasta la boletería, por supuesto.

* * *

Lo que más me deleita de los circos son los payasos, los seres más perfectos y completos que Dios ha creado, y cuya Missio Dei es regalarte alegría y arrancarte saludables sonrisas. Pero en esta ocasión quedé más impresionado y admirado de la actuación de “Toto”, ¡un gorila que es todo un caballero!

Vea usted, que cuando le tocó su número artístico, apareció en el escenario una mesita cubierta con un pulcro mantel blanco, una sillita y un tacho para la basura. También había al lado un catrecito del tamaño de una cuna pequeña, cubierto con su colchita, y debajo del catrecito estaba la bacenica de fierro enlosado.

Entonces, en medio de los aplausos del público hace su aparición el Toto. El se sienta en la silla y se dispone a cenar. Mientras un mozo humano le sirve, él se acomoda una servilla grande al cuello. Luego corta la carne con el cuchillo y el tenedor, y come. De rato en rato se limpia la boca con la servilleta, y toma Coca Cola vertiéndola de la botella en el vaso.

¡Qué testimonio de decencia y pulcritud! ¡Qué gran ejemplo para la de arriba y para los de abajo!

Yo le doy un codazo a mi hija, y le digo:

—¡Cómo quisiera que fueses como el Toto!

* * *

Pero mientras transcurre el acto, el Toto pierde gradualmente la etiqueta y me hace quedar mal.

Tira la servilleta, el plato y el cubierto al tacho de basura. También arroja a la basura el vaso, y vierte la Coca Cola directamente a su boca desde la botella, a boca de jarro. Y taconeas su boca con comida con la palma de su mano y sus dedos mugrosos.

¡Qué desilusión! ¡Y yo que le decía a mi pequeña hija que anhelaba que ella fuera como el Toto!

Menos mal que es hora de dormir. El Toto bosteza golpeando sus labios con su mano y se acuesta en su catrecito, y se tapa con su colchita. . .

Pero. . . ¡Ayayay! Le urge algo, y se vuelve a levantar de la cama, lanzando la colcha por el aire. Luego se baja el calzón, toma la bacenica, y se sienta en ella ante la vista y paciencia del público que se destripa de risa.

El Toto se rasca la cabeza mientras dura la “Operación Bacenica”, y al terminar. . .

Al terminar, ¡arroja su contenido sobre las caras y cabezas del público delirante!

En su desesperación, la gente no sabe qué hacer para esquivar las bolas de papel corrugado que caen sobre sus cabezas. Y a la de arriba y a los de abajo no hay manera de curarles del ataque de risa. Todos ellos están de acuerdo que el Toto fue el mejor.

* * *

El 13 de abril la Lili cumplió seis añitos, y de nuevo tuvo la idea genial de invitar a “los de abajo” y al Danny Pastor a pasar una tarde entera en las instalaciones del Kusillo.

No se trata de ningún “cursillo”, sino de un centro de entrenamiento científico que gusta mucho a los niños, tanto que permanecen allí hasta que con todo cariño los boten afuera.

El Danny y los de abajo vinieron a ayudarnos con los preparativos del cumpleaños. Inflar cientos de globos es tarea dura, aunque dispongamos de la maquinita de inflar.

Una vez que todo estaba listo empezaron a llegar los invitados: Del Centro Boliviano Israelita (CBI), del Centro Boliviano Americano (ACB), de su Clase Estrellitas y

de los clubes de OANSA. Cerca de 70 chicos, de los cuales 40 eran niños pequeños, algunos de teta. Semejante multitud no hubiera podido ser atendida de manera ordenada, a no ser por la ayuda de Locotito, que es el gerente, artista y mago exclusivo de “Locotito Show”.

La De Arriba y los De Abajo se divierten sin cesar, pero también estudian y cumplen con sus tareas del colegio, y de vez en cuando se reúnen para charlar en el salón de Helados Frigo. Y ellos nunca ponen de lado a la Petite Amande (la Amandita Chiquita), nuestra pequeña tortuga internacional.

*¡Qué bonita vecindad!
Es la vecindad del Chávez.
No valdrá ni dos centaves,
¡pero es linda de verdad!*

* * *

A veces pienso que nuestro traslado definitivo a Bolivia estaba decidido desde 1967. Ese año yo estaba empezando mis estudios en la Universidad Hebrea de Jerusalem juntos con un simpático grupo de jóvenes provenientes del CBI de La Paz. Entre ellos estaba Abraham Cukierman (el Ábale), ahora docente en el CBI, quien me embelesaba hablándome de La Paz que era el escenario de sus mil aventuras. Por eso siempre tuve en perspectiva conocer esta hermosa ciudad.

En 1983 visité La Paz por primera vez, y aquellos jóvenes que conocí en Israel se enteraron, no sé como, de mi presencia aquí. Entonces la moráh Viviana Isidorof, profesora del CBI, me invitó para dar una Conferencia Magistral en el Círculo Israelita, auspiciada por la Embajada de Israel. También fui invitado para visitar las aulas del CBI, desde los más pequeñitos hasta los de Cuarto Medio, el último año de la secundaria en Bolivia. Aquella visita ha sido una de las experiencias más impactantes de mi vida.

Quedé muy impresionado al ver juntos niños judíos y cristianos en una institución que es regida por el Ministerio de Educación de Israel y por el de Bolivia.

La moráh me presentó a los niños del CBI como un escritor peruano que había estudiado en la Universidad Hebrea de Jerusalem, y yo les dirigí unas breves palabras, salvo en los cursos más avanzados donde tuve charlas largas con preguntas y respuestas.

Entre los alumnos aventajados se encontraba un chico cerebral llamado Arie, hijo de la moráh Rosette Waintrob, que llegaría a ser un amigo muy especial para mi familia.

* * *

Cuando la moráh Viviana me presentó al primer curso, todos se pusieron de pie, y ella les saludó:

—*¡Shalom, yeladím!* (Hola, niños).

Y todos los niños respondieron en voz alta y al unísono:

—*¡Shalom, moráh!* (Hola, profesora).

Luego les dijo:

—*¡Shvú be-baqasháh!* (Siéntense, por favor).

Y ellos tomaron asiento, diciendo:

—*¡Todáh rabáh!* (Muchas gracias).

Entretanto, yo elevaba una silenciosa plegaria en mi corazón: “¡Dios mío, si alguna vez yo llegase a tener un hijito o una hijita, permíte que estudie en el CBI!”

* * *

Algunos años después me casé con una chica boliviana y nació Lili Ester, y siendo aun bebida la trajimos al CBI en una de nuestras visitas a La Paz.

Recuerdo bien que eran los días de la festividad de Sukót o Tabernáculos y departimos con los profesores y los alumnos bajo la cubierta de una cabaña ingeniosamente decorada por los niños de kínder. Allí me dijo la moráh Rosette Waintrob: “¡Moisés, trae a tu hijita cuando crezca, para que estudie aquí en el CBI!”

Nosotros vivíamos en Lima, y traerla al CBI representaba un traslado total de un país a otro, cosa nada fácil, que se mantuvo como un anhelo lejano. Pero años más tarde, ocurrió.

Nuestra pequeña fue admitida en el CBI para el primer año de primaria mientras nos encontrábamos aun en Lima en plena labor de embalaje de nuestra biblioteca, una labor que fue interrumpida sólo para asistir a dos emotivos actos de despedida:

Uno de ellos tuvo lugar en Tarma, en la sierra central del Perú, organizado por los estudiantres de la AMIEP.

El otro tuvo lugar en las instalaciones del Club Mahanayim, en cuya piscina la pequeña Lili y yo deleitamos a la concurrencia con una demostración de ballet acuático. Todos presenciaron este show entumecidos por la inoportuna llovizna de El Niño que se hizo presente en el acto, sin invitación.

El día de nuestra partida definitiva a Bolivia, un grande grupo de amigos peruanos y coreanos nos acompañaron al aeropuerto. Con nosotros venía la Petite Amande, la Amandita Chiquita, nuestra pequeña tortuguita que pasaría sin ser detectada por los controles de inmigración y de aduana, para luego viajar “de pavo” en el bolsillo de mi chamarra, disfrutando de las atenciones de Lloyd Aéreo Boliviano.

* * *

El lunes 16 de febrero, la Lili empezaba sus clases en el CBI, y el martes 17 nos trasladamos al departamento que nos había provisto la Iglesia “Dios es Amor” en el segundo piso de su condominio.

El piso inferior estaba ocupado por la Feli, su esposo, Pascual Gutiérrez, y sus pequeños hijos: Marcos, Pablo, Ruth y Marlene. —Marcos, el más pequeñito, tiene un notable parecido a Pachi, el perrito engreído de los 101 Dálmatas, aunque en posición de “¡firmes!” más parece un chanchito que se dispone a volar.

“Los de Abajo”, como los llama la Lili para abreviar, llegaron a ser parte de nuestra familia. Antes no habíamos tenido vecinos tan cercanos y un lugar de tanta seguridad como para dejarlos de su cuenta.

En los primeros días, mientras dábamos los últimos toques al arreglo de nuestro departamento, la Lili nos ayudó a reparar el piso de parquet: ¡Ganaba dos bolivianos por cada pieza que descubría despegada!

Por las tardes, todos los niños juegan con sus bicicletas y patines en el amplio patio pavimentado, y juntos con otros niños pasan las noches en el cuarto de peluches de nuestra pequeña, que ha sido condicionado para la proyección de edificantes videos de Walt Disney. Cierta día apareció un letrero pegado a la puerta de ese cuarto: “CINE LILI”.

Marlenita, siendo la mayor, cuidaba de todos con un amor tal que sólo era sobrepasado por el amor que ella sentía por su perro Chocolatín.

12

¡VIVA MI PATRIA BOLIVIA!

Dura cosa es trasladarse por completo de un país a otro país.

Durante siete años Amandita y yo habíamos logrado cimentar en el Perú una dinámica empresa en el campo de la educación teológica conocida como el Centro de Estudios Bíblicos “Casiodoro de Reina” (CEBCAR), a nombre del gran reformador español que nos diera por primera vez la Biblia completa en español.

Se dice que nadie es profeta en su tierra. Sin embargo, a pesar de las dificultades nos propusimos ser eficientes en nuestro propio país y servir a nuestro pueblo. Y tuvimos éxito.

Jamás hemos lloriqueado por servir a Dios en el Perú. Nos ha tocado crecer en medio de la guerra y la violencia terrorista de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario “Túpac Amaru” (MRTA). Nos ha tocado crecer en medio de la epidemia del cólera, en medio de las crisis de sequía y de racionamiento de energía eléctrica y agua en la Capital. Y en medio de las peores inundaciones y carestía provocadas por el fenómeno de El Niño.

* * *

Ahora ha llegado el momento de decir “adiós” a nuestro amado Perú, y lo hacemos con nostalgia, y con agradecimiento. Es posible que en ningún otro país podamos tener los resultados que logramos en el Perú, atendiendo el clamor y la necesidad de multitudes de jóvenes.

Jamás cobramos en dólares por los programas educativos del CEBCAR. Jamás recibimos un solo céntimo de sol como ayuda del Perú, y menos del extranjero. Hemos experimentado que Dios bendice de veras a los que proceden con decencia, con honestidad y con una clara perspectiva de Misión.

El CEBCAR dispuso de su propio local en una zona céntrica de Lima. Allí teníamos el Museo de la Biblia y la Sala de Biblioteca que nos sería también de sala de conferencias y aula para los cursos. Hemos contado con un taller para la producción de los materiales educativos y una oficina para la coordinación de nuestras actividades a nivel nacional e internacional.

En los últimos cuatro años de nuestra permanencia en el Perú trabajamos con tres importantes instituciones teológicas que adoptaron la Biblia Científica RVA y la modalidad de Cursos Cortos Programados basados en Separatas Académicas:

1. La Academia Misionológica de la Iglesia Evangélica Peruana (AMIEP).
2. El Seminario Bíblico Misionero “San Pablo” de la Iglesia Pentecostal Misionera.
3. El Instituto Bíblico “San Andrés” de la Iglesia Evangélica Presbiteriana y Reformada del Perú.

* * *

Nuestro sistema de operaciones nos permitió atender también las invitaciones de Arequipa, Cajamarca, Trujillo, Barranca, Huancayo, Cusco, Pucallpa, La Merced, Canta, Tarma, etc., y de otros países de la América Latina.

La Primera Promoción del CEBCAR, en 1996, fue de 85 graduandos. Al acto de clausura asistieron 1.200 personas, apiñadas en todos los ambientes y pasadizos de la Iglesia Maranatha en Lima.

En 1997 implementamos nuestro programa académico de la modalidad de Educación Teológica por Extensión (ETE), que con el transcurso del tiempo vino a llamarse “Programa Universitario de Teología” del CEBCAR (PUT-CEBCAR), aunque él público la llama “el Gran Paquetazo” que ese año alcanzó a 50 estudiantes.

En ese tiempo llevamos a 44 de nuestros estudiantes a visitar Israel, y otros países bíblicos, y algunas de las graduaciones del CEBCAR se llevaron a cabo en la Sala de Conferencias del Hotel Ramada Renaissance, en Jerusalem.

* * *

Ahora llegaba el momento de decir “adiós” a nuestro amado Perú, pero nos llena el corazón saber que lo hemos tomado en cuenta en primer lugar.

El Perú ha sido para nosotros nuestra Jerusalem, el punto de partida de nuestra labor de proyección mundial. También ha sido nuestro laboratorio y campo de experimentación de los programas que seguiremos implementando en Bolivia.

En realidad, nuestra partida del Perú estaba decidida muchos años atrás, desde 1967, el año de la Guerra de los Seis Días. Entonces yo estudiaba en la Universidad Hebrea de Jerusalem con un grupo de jóvenes judíos bolivianos que se habían graduado recientemente del Colegio Boliviano Israelita (CBI) de la ciudad de La Paz. Entre estos jóvenes había uno en especial, que siempre fue mi amigo del alma: Abraham Cukierman, a quien llamábamos de cariño, Ábale, o Abramcito en yidish. Actualmente él es docente en el CBI y profesor de los cursos de Hebreo e Historia de Israel.

Abale era un enamorado de la ciudad de La Paz, y cuando vivíamos en Israel, la recordaba con nostalgia. Fue él quien despertó en mí en anhelo por conocer esta ciudad y el CBI. Siempre lamento no haber podido asistir a sus bodas en La Paz, habiendo sido yo uno de los principales invitados. En esos días yo vivía en Jerusalem.

* * *

En 1982 y 1983 visité Bolivia invitado por el Seminario Teológico Bautista de Cochabamba.

En mi segunda visita a Bolivia vine por primera vez a La Paz para un programa educativo en la Iglesia Bautista de El Prado y la Iglesia Bautista de la Garita de Lima. Mi amigo, el Pastor Arturo Nacho realizó con éxito los arreglos para que esta visita se pudiera concretar, y me recibió en su propio hogar, junto a las instalaciones de Radio “Cruz del Sur”, que él dirigía.

Entonces se enteraron mis amigos con quienes estudié en Jerusalem de mi presencia en la ciudad de La Paz. Un viernes por la noche, al final de la clausura del programa académico que dirigí, un grupo de ellos irrumpieron en la Iglesia de El Prado. Una de las

chicas me dijo al abrazarme: “¡Móshe, yo no sé qué mierda estoy haciendo aquí, en una iglesia cristiana y en pleno Shabat!”

Me reí con gusto de volverles a escuchar, y acto seguido me arrebataron y me llevaron a las instalaciones, y mientras cenábamos allí recordábamos con nostalgia nuestras locas aventuras en Jerusalem.

* * *

Entonces tuve que alargar mi estadía en La Paz.

En los días siguientes mis actividades fueron organizadas por la Sra. Viviana Isidorof, profesora de hebreo en el CBI, y en cuya casa tuve mis comidas todo el tiempo que permanecí en La Paz, después de cumplidos mis compromisos con Radio “Cruz del Sur”.

Entre mis actividades en medio de la comunidad judía de La Paz se cuenta mi Conferencia Magistral en el Círculo Israelita organizada por la Embajada de Israel y dirigida en especial a los padres de familia del CBI.

También di un curso corto programado de Hebreo Bíblico para empresarios judíos, y una visita de un día entero a cada una de las aulas del CBI, lo cual constituyó una de las experiencias más impactantes de mi vida.

* * *

Quedé muy impresionado ver juntos niños judíos y niños cristianos en un mismo colegio que se regía por los Ministerios de Educación Pública de Bolivia y de Israel.

Ver desplegadas en su patio las banderas de ambos países, y en su salón de actos la Menorah (Candelabro de Siete Brazos) y la Estrella de David, me hacían respirar de antemano la atmósfera aromática que se hacía anunciar en el “techo del mundo”, antes que en las demás naciones.

Hablé a los niños en cada uno de los cursos del CBI, empezando por los más pequeños del Gan Yeladim (Kinder), hasta los alumnos de cuarto medio.

Cuando la Profesora Viviana me introdujo al primer curso, el de los niños más pequeños, todos se pusieron de pie.

La profesora les saludó en hebreo:

—*¡Shalom, yeladim!* (¡Hola, niños!).

Y todos los niños respondieron al unísono y en alta voz:

—*¡Shalom, Moráh!* (¡Hola, maestra!).

Luego les dijo:

—*Shvú baqasháh* (Siéntense, por favor).

Y todos tomaron asiento gritando:

—*¡Todáh rabáh!* (Muchas gracias).

* * *

En todas las aulas ocurrió lo mismo. Yo jamás había presenciado algo tan impresionante.

Luego la Moráh Viviana me presentaba a los niños como un escritor que había estudiado en la Universidad Hebrea de Jerusalem, y yo les dirigía unas breves palabras. Salvo en los cursos avanzados de la secundaria, donde teníamos charlas con preguntas de los alumnos y respuestas.

En medio de este ambiente paradisíaco, yo elevaba a Dios una silenciosa oración que brotaba de lo hondo de mi corazón: “¡Dios mío, si alguna vez yo llegase a tener un hijito o una hijita, permite que estudie en el CBI!”

Muchos años más tarde llegó Lili Ester, y siendo ella una pequeña bebita la llevamos al CBI en una de nuestras muchas visitas a La Paz. Recuerdo que eran los días de Sukot (la fiesta de Tabernáculos), y departimos con los profesores y alumnos bajo la cubierta de una cabañita ingeniosamente decorada por los niños más pequeños del CBI.

Entonces me dijo con ternura la Moráh Rosette Waintrob:

—¡Moisés, trae a tu hijita para que estudie en el CBI!

* * *

Yo me agarré de esas palabras de Rosette, consciente de lo difícil que es el ingreso al CBI.

Dios ha respondido mis plegarias, y a pesar de la distancia, pues hicimos las gestiones desde el Perú, nuestra pequeña hija pudo ser admitida en el CBI para el primer curso de la primaria.

Fue por Lili Ester y por el CBI que estaba decidido de antemano a la ciudad de La Paz y a Bolivia. Pero también por una marcada intuición de que nuestra labor en el Perú había concluido y que la fase de Bolivia estaba a punto de empezar.

Nuestro traslado de Lima a La Paz fue algo difícil de creer. Nosotros mismos no lo podíamos creer, menos aún nuestros familiares y amigos.

De todas nuestras cosas nos podíamos deshacer, menos de nuestra nutrida biblioteca, la biblioteca más completa y actualizada de Ciencias Bíblicas en toda la América Latina. Cuando la contemplábamos ordenada en sus estantes, antes de embalarla en grandes cajones, sentíamos fuertes ganas de llorar, pues ella es toda nuestra vida.

* * *

Temíamos de los trastornos ocasionados por el fenómeno de El Niño y de que fuera averiada por el agua de torrenciales lluvias y huaycos, a lo largo de su odisea de Lima a La Paz.

Además, dos grandes problemas quedaban pendientes por resolver: Primero, ¿qué ocurriría con nuestra casa en Lima. Y segundo, ¿en dónde viviríamos en La Paz. Este segundo problema no dejaba de quitarnos el sueño, como un fantasma persistente que no se apartaba de nuestra cabecera.

El problema mayor se solucionó en primer lugar, porque al enterarse de que nos trasladaríamos a La Paz, el Gral. Juan Verduguez Herbas, miembro de la Junta

Administrativa de la Iglesia “Dios es amor” de la Unión Cristiana Evangélica (UCE), gestionó para nosotros provisionalmente el departamento adjunto al templo.

El 19 de marzo, los miembros de la Junta Administrativa y el Cuerpo de Diáconos nos dieron una cena de bienvenida en la casa del Pastor Tito Montero.

El otro problema se solucionó poco después cuando una familia de misioneros coreanos (el Pastor Kam, su esposa Lucecita y sus pequeños hijos Enson y Ensok) se trasladó a vivir en ella.

Nuestras labores de embalaje de nuestra biblioteca sólo fueron interrumpidas para asistir a emotivos actos de despedida.

Uno de ellos tuvo lugar en Acomayo, Tarma, con nuestros estudiantes de la AMIEP, dirigida por el Dr. Juan Yalico Campos.

Otro fue organizado por nuestros alumnos del Instituto Bíblico “San Andrés” (IBSA), y tuvo lugar en Cieneguilla, en las instalaciones campestres de Mahanaim. Esta última actividad duró un día entero que incluyó un acto central, juegos sociales y un succulento banquete.

Mientras se servía el banquete, Lili Ester (de cinco añitos) y yo tuvimos el enorme placer de brindar a nuestro amado público, una demostración de ballet acuático en la piscina. El público contemplaba bajo una tupida llovizna, rara en Lima. Eran las lágrimas de El Niño, que también se hizo presente para hacer lo que sabe hacer: Ser un malcriado.

* * *

Entonces llegó el día final cuando salimos definitivamente del Perú.

Un nutrido grupo de amigos peruanos y coreanos nos acompañaron al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez para despedirnos a Amandita, a mí y a Amandita Chiquita (o Petite Amande), una tierna tortuguita que es nuestra regalona.

Con la bendición de Dios, la Petite Amande pasaría sin novedad todos los contrones de inmigración y de aduana, para luego viajar “de pavo” en el bolsillo de mi chamarra, disfrutando de las atenciones de Lloyd Aéreo Boliviano.

Lili Ester nos esperaba en el Aeropuerto Internacional de El Alto, que está a corta distancia de la ciudad de La Paz. También nos esperaban el abuelito Higinio, la tía Stael y el tío David.

Este fue el último de una serie de viajes de mudanza, tanto por aire como por tierra. El reencuentro fue conmovedor.

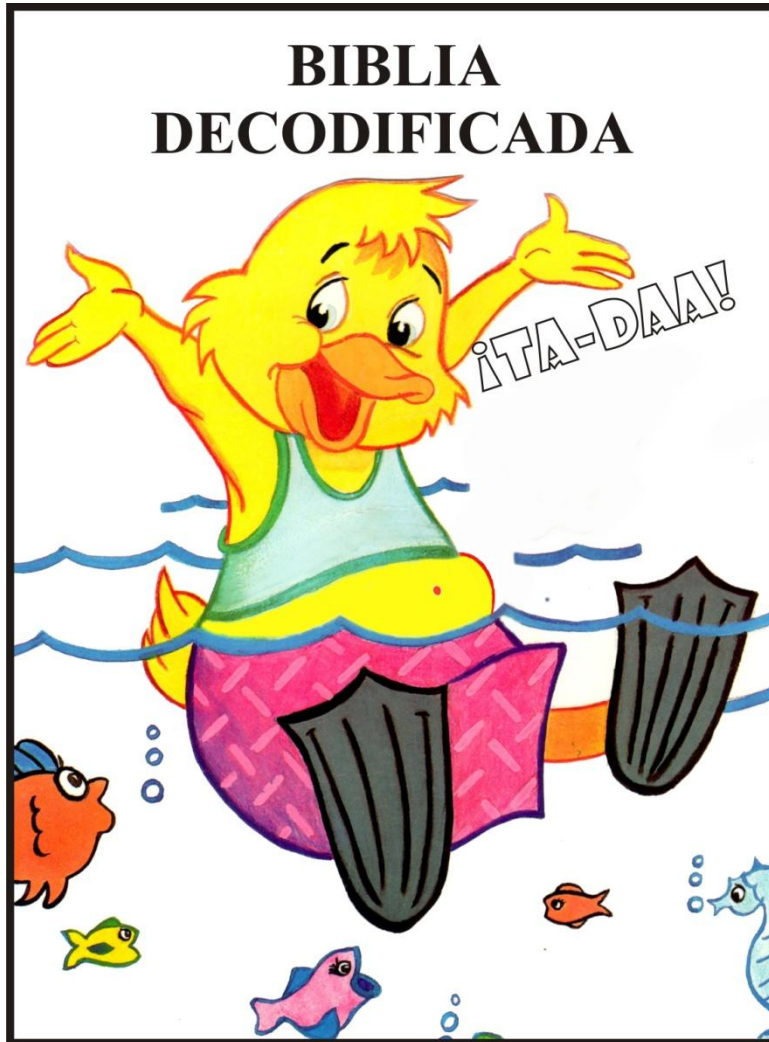
* * *

Habíamos dado un gran salto de fe, y la presencia de Dios se hacía sentir en todos nuestros planes.

El lunes 16 de febrero, Lili Ester empezaba sus clases en el CBI.

Libres ya de las tensiones del traslado internacional, se nos dio por cantar a nuestra nueva patria:

*¡Viva mi Patria Bolivia,
una gran nación!
Por ella doy mi vida. . .*



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ





BIBLIOTECA INTELIGENTE

| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace “Inicio” diviértete con “El Changuito de la Biblioteca Inteligente” y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip “Caminando por la Vida”.


Luego ingresa al enlace “Biblioteca Inteligente” y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace “Antologías de Historias Cortas” y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



LA BIBLIOTECA INTELIGENTE DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE Y MUSEO DE LA BIBLIA
(Al pie, empastados en color azul están los originales de la Biblia RVA)**





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651